



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Ciencias Sociales
Carrera de Psicología

EL ENCUENTRO ORIGINARIO Y LO TRAUMÁTICO EDIFICANTE

Problematizaciones en torno a los caminos de subjetivación

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PSICÓLOGO

Autores: Lic. en Psicología Ignacio Fernández Rosas
Lic. en Psicología Natalia Hurtado Lobos

Profesor patrocinante: Dr. Roberto Aceituno Morales
Profesor guía: Dr © Pablo Cabrera Pérez

2013

Gracias...

a nuestras familias por el apoyo y compañía durante el arduo camino de pregrado y durante la elaboración de esta Memoria,

...a la Unidad de investigación del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile “Traumatismos, memorias y procesos de simbolización”, por las reveladoras discusiones en las que este espacio nos permitió participar, que posibilitaron que tuvieran lugar muchas de las ideas planteadas en este escrito,

...al profesor Pablo Cabrera Pérez, por su disposición e imprescindible guía para la elaboración de esta Memoria, quien junto a Marta González Bardelli y Marianella Abarzúa Cubillos han sido importantes referentes en nuestro camino de pregrado.

Resumen

La presente Memoria tiene por objeto indagar y problematizar en torno al *encuentro originario* y la puesta en marcha del psiquismo, esto, en relación con el trauma edificante y necesario. En este sentido, se revisan diversos aportes teóricos de Sigmund Freud y Piera Aulagnier para poder indagar la temática en cuestión. Así, desde Freud se problematizan los constructos de *protección antiestímulos* y *vivencia de satisfacción*, para por esta vía darle un lugar a *lo originario* en su obra, además, del *trauma real* establecido en 1920. De Piera Aulagnier se utilizarán fundamentalmente los conceptos de *proceso originario* y *violencia primaria* para indagar el lugar del trauma edificante y lo traumático en dicha autora. Aquello posibilita dar lugar a un diálogo entre los referentes mencionados que permitirá problematizar el *encuentro originario*, entre el infans y el otro; el cual conlleva necesariamente un trauma para el psiquismo en constitución, pero sin embargo un trauma de orden diferente al hecho avasallador y destructor de subjetividad, en tanto el trauma establecido en el *encuentro originario* es edificante y necesario para la emergencia de la subjetividad. Así también, se establecerá que el encuentro con el otro tiene incidencias en la constitución subjetiva, en tanto éste marca los caminos de la pulsión y posibilita cierto modo de actividad psíquica que permite la *metabolización* representacional para el infans. Consideraciones que nos permitirán explorar la asimetría necesaria del *encuentro originario* y el carácter político de dicha relación fundante.

Palabras claves: *encuentro originario, trauma real, violencia primaria y metabolización.*

Índice

I.	Aperturas	5
II.	Objetivos	14
	a) Objetivo General:.....	14
	b) Objetivos Específicos:.....	14
III.	Método	15
VI.	Desarrollo.....	17
	a) En torno a lo originario, la inscripción del deseo y el trauma real	17
	a. El problema del origen.....	17
	b. El encuentro y las condiciones de la inscripción de una huella. La memoria y el deseo.....	21
	i. La vivencia de satisfacción, el deseo y el pensar	21
	ii. El acto del nacimiento y la cuestión del dolor	26
	c. La violencia del otro y el derrumbe.....	29
	i. La cultura, el malestar y el exceso de la violencia	32
	ii. El trauma y el <i>Fort-Da</i>	34
	b) Complejidad de lo originario y el lugar del otro en Piera Aulagnier.....	36
	a. El espacio en donde los procesos psíquicos han de advenir.....	36
	i. La actividad de metabolización	36
	ii. De lo originario.....	37
	iii. Lo primario y la fantasía.	39
	iv. Lo secundario y el yo	41
	v. Del encuentro originario, el encuentro pecho-boca	42
	b. Del trauma, la violencia primaria y la violencia secundaria	44
	i. De la violencia y su exceso.....	45

c.	Acerca del mundo, el otro y la anticipación.....	47
i.	El otro materno y el lugar de la castración	48
ii.	El otro paterno.....	50
iii.	La anticipación del portavoz y la sombra hablada	51
iv.	El rebote de la imagen en el otro, lectura del estadio del espejo.	54
c)	Intercambios.....	56
a.	La violencia edificante y el trauma originario	56
b.	Los caminos de la pulsión, la posibilidad de simbolización y la repetición	61
i.	El otro, los senderos de la pulsión y la <i>neo-génesis</i>	61
ii.	Las condiciones mínimas para simbolizar	64
iii.	Los posibles relacionales, la repetición y la creación	66
c.	Lo político y la legalidad	67
V.	Conclusiones.....	71
a.	Arribos.....	71
b.	Implicancias.....	74
c.	Proyecciones.....	75
VI.	Bibliografía.....	77

I. Aperturas

*“el propósito de la violencia se asegura de su victoria...
que es convertir a la realización del deseo del que la ejerce
en el objeto demandado por el que la sufre”*

Piera Aulagnier

Indagar en torno a la constitución subjetiva resulta un propósito apasionante aunque complejo y de gran amplitud. Es que no basta con la biología para poder reflexionar en torno a cómo un sujeto llega a ser tal. Sobre todo si consideramos que resulta imprescindible considerar el entramado cultural a la hora de adentrarnos en los procesos de subjetivación.

En este sentido, resulta central para poder pensar en torno a la constitución subjetiva indagar en torno al estatuto del *encuentro originario* que se produce entre el infans y el mundo; mundo cultural que tiene al otro parental como fundamental referente para aquel que acaba de nacer. De este modo, aquel encuentro se torna vital en tanto es imprescindible para la sobrevivencia sobre todo psíquica del infante. Encuentro, que es posible leer bajo el marco de un trauma necesario y edificante para la constitución psíquica del infans, siendo esta lectura el eje que articulará la presente Memoria.

Al respecto, a la hora de abordar el *encuentro originario*, los trabajos de Sigmund Freud sostienen importantes líneas de indagación, no obstante, éstas en su calidad de cimientos llaman a continuar la exploración. Es indiscutible que era imposible para Freud poder investigar y anudar totalmente los diversos postulados presentados en su teoría, razón evidente por la cual diversos autores posteriores a Freud (Winnicott, Klein, Lacan, entre otros) han profundizado en diversas líneas de investigación, aunque con características particulares, empero tomando como base los trazos bosquejados por el autor.

Sin embargo, parte de aquellos trazos esgrimidos por Freud son los que inspiran esta Memoria, la cual tiene relación con el *encuentro originario* así como con los tiempos

arcaicos de la subjetividad. Dos aspectos, que aparecen en la teoría freudiana de distintas formas, como por ejemplo, a modo de la *vivencia de satisfacción* (1900 [1901]), el *autoerotismo* (1905), la *angustia automática* (1926 [1925]), o bajo el modelo de la *vesícula indiferenciada de sustancia estimulable* (1920). No obstante, estas concepciones fueron esbozadas por el autor principalmente a partir de su clínica con la neurosis, con adultos neuróticos, y desarrolladas por ende a partir de un marco de investigación surgido en base a cierto tipo de pacientes.

Sin embargo, aquellos postulados también pueden acercarse a otro tipo de pacientes, con diversas cualidades patológicas y diferente rango etario que los señalados por el autor. Es así, que variados autores posfreudianos han tomado los bosquejos señalados por Freud y realizado sus propias teorizaciones relativas al trabajo con la psicosis y al análisis de infantes y adolescentes. Más que un modo de complemento, muchos psicoanalistas han desarrollado una nueva metapsicología tomando como soporte la teoría freudiana. Dentro de este grupo es posible situar a Piera Aulagnier, destacada psiquiatra y psicoanalista perteneciente a la escuela francesa, cuya formación se encontró estrechamente vinculada a Jacques Lacan. Empero, en 1968, tras alejarse de la Escuela freudiana de París (organismo presidido por Lacan), comienza a forjar una senda más autónoma, fundando en 1969, junto a otros analistas que se distanciaron de la Escuela freudiana de París, la Organización Psicoanalítica de Lengua francesa, organismo independiente de la Asociación psicoanalítica internacional y del lacanismo ortodoxo. Asimismo, la autora produce una vasta obra que gira principalmente en torno a su trabajo con la psicosis; trabajo que es posible diferenciar en distintos momentos teóricos. La primera etapa, la cual versa hasta 1968, desarrolla principalmente temas psicopatológicos, tales como la estructura maniaco-depresiva, psicótica y perversa. En un segundo momento teórico, profundiza en torno a la relación teoría-práctica en psicoanálisis. Para finalizar realizando una exhaustiva revisión metapsicológica, destacando obras como *La violencia de la interpretación* (1975), *Los destinos del placer* (1979), *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* (1984) y *Un intérprete en busca de un sentido* (1986) (Hornstein, 1991a).

Para efectos de esta Memoria, cobrará énfasis la tercera etapa mencionada, revisión metapsicológica que postula un modo de organización psíquica *originaria* (Castoriadis-Aulagnier, 1975) que sostiene y amplía los *procesos primario y secundario*

elaborados por Sigmund Freud (1911) como parte del trabajo de constitución del aparato psíquico. En este sentido, Piera Aulagnier, postula que para que el *proceso primario* y *secundario* puedan tener lugar debe haber una actividad basal y fundamental para que estas organizaciones puedan suscitarse, esto es el *proceso originario* (Castoriadis-Aulagnier, 1975); actividad metabolizadora que implica la posibilidad de representar el mundo y a sí mismo para el infante a través de una *representación pictográfica* (conjunción entre la zona corporal y el objeto de la satisfacción). Lo que es posibilitado mediante el esfuerzo originario de *autoengendramiento*, postulado que implica que todo se vivencia como creado por el psiquismo infantil, lo que permite que sólo sea posible registrar por vía de la homogenización aquello que es del orden del placer o el displacer. Así también, la noción de *violencia primaria*, se presenta como un constructo novedoso para la reflexión en torno a “lo originario”. En este sentido, la *violencia primaria* es entendida como el anticipo significativo del otro parental, que impone a la psique del infans una acción, un deseo o un pensamiento; violencia que encuentra su validación en las necesidades psíquicas del infans.

De esta manera, tanto *lo originario* como la *violencia primaria*, serán desarrollados en este escrito y tendrán la importancia central de brindar el marco de análisis para las posteriores problematizaciones en torno a lo *traumático edificante* en el *encuentro originario*. Por otro lado, si se ha mencionado que el proceso de constitución subjetiva ligado a *lo originario* es posible leerlo en base a lo traumático, traumático edificante, es necesario considerar que a su vez el trauma, es una temática aún abierta en psicoanálisis. Ejemplo de ello, es que Sigmund Freud vinculó *lo traumático* de forma más estrecha a un vivenciar real (en contraste a su teoría fantasmática en torno al trauma), tanto al principio como al final de su obra, aunque claro está, con distintos matices que reflejan que para el autor el tema era un área de investigación no saldada. En este sentido, en un primer momento Freud relacionó el trauma a la *seducción* real ejercida por otro (Freud, 1896), posteriormente tematizó al trauma dentro del espectro de la fantasía, para retornar en 1920 a una consideración traumática mucho más cercana al suceder de la realidad material, siendo este último momento en la teoría traumática de Freud, el que será enfatizado, aunque con otro cariz en la presente Memoria, constituyendo de esta manera, un importante pilar para poder plantear el carácter traumático edificante de la constitución subjetiva.

Sin embargo, el *trauma real* no sólo para Freud fue un área de investigación abierta, sino que también para importantes psicoanalistas contemporáneos así como posteriores al autor. Al respecto, destaca la discusión entre Freud y Ferenczi (1932) en relación a lo traumático, último autor que se inclina por una teoría traumática más cercana al acontecer real, esto, en los tiempos en que Sigmund Freud optaba por concebir al trauma como fantasía. Por otra parte, para muchos autores posfreudianos el estudio del *trauma real* ha sido un punto muy importante dentro de sus concepciones. Un psicoanalista que resalta dentro de esta temática es Donald Winnicott, cuyo texto *Miedo al derrumbe* (1991 [1963]), es central a la hora de pensar el *trauma real*. A su vez, otro autor de gran incidencia en torno a la temática, es Jean Laplanche, fundamentalmente respecto a la *teoría de la seducción generalizada* (1987) y la incidencia de la misma en el proceso de construcción subjetiva. Finalmente, especial énfasis ameritan los importantes aportes ya esbozados de Piera Aulagnier en torno al lugar de la violencia del otro respecto al sujeto que se constituye como tal.

De esta manera, el trauma se sitúa como un área de investigación aún abierto a indagación y reflexiones, empero en su vinculación a lo originario y a los procesos de subjetivación se presenta en un lugar diverso al trauma que implica la paralización del psiquismo, pues al contrario de impedir los caminos de subjetivación se ubica como aquella violencia ineludible que empuja al infans a lo cultural. Compleja diferencia que es necesario explorar y que encausa los intereses de esta Memoria.

En síntesis, estas páginas toman forma en torno al deseo de poder indagar y problematizar respecto a los caminos de subjetivación. No obstante, la dimensión del desafío implica realizar un recorrido arduo y con numerosas aristas de análisis, sendero que va más allá de las pretensiones y posibilidades que estas escasas páginas pueden sostener. En este sentido, la Memoria tomando como base el deseo de los autores así como las limitaciones de amplitud propia de la investigación, se edifica fundamentalmente en torno a reflexiones que toman como principal base aportes de Sigmund Freud y posteriores desarrollos de Piera Aulagnier relativos a lo *originario*, la *violencia* y el *trauma*, delineándose de esta manera como problema de investigación de la Memoria la problematización en torno al devenir traumático y humanizante bajo el marco de lo *originario*. Puntualmente, se pretende poder indagar respecto al *encuentro originario* y

subjetivante en que se ve inserto el infans, encuentro que implica una *violencia necesaria*, viéndose por esta vía el sujeto inserto en un trauma edificante.

La problemática señalada, será el eje rector que permitirá a los autores de este escrito indagar y problematizar en torno al *encuentro* entre el infans y el otro, y las consecuentes implicancias de aquel en la constitución subjetiva. De esta forma, considerando la importancia que tiene para la teoría psicoanalítica así como para la práctica clínica el poder reflexionar respecto al *encuentro originario*, el presente escrito intentará esbozar un camino de construcción cuya implicancia principal será la puesta en marcha del devenir subjetivo, un devenir enmarcado por la violencia del otro.

En este sentido, la Memoria intentará diferenciar modos de encuentro entre el sujeto y el acontecimiento traumático, distanciándose de aquel trauma devastador para el psiquismo e inclinándose hacia un encuentro traumático y edificante de la subjetividad. De esta forma, el considerar un *trauma originario* como un proceso edificante y no destructivo, conlleva un desafío interesante y novedoso dentro de la línea de lo traumático. Esto, al tomar en cuenta que principalmente lo *traumático real* ha sido estudiado y planteado como un hecho que detiene el devenir del sujeto al dificultar sus capacidades para simbolizar lo acontecido, lo que tiene implicancias devastadoras para la subjetividad. (Freud, 1920; Kaës, 1991[1988]; Viñar, 2010). Estos planteamientos son sumamente importantes para la teorización de lo traumático; pero también es posible pensar en otro tipo de trauma, un trauma distinto que acontece como gestor de la subjetividad, edificante y constructivo, y no destructivo. En este sentido, pensar lo traumático como un punto de anclaje productivo de la subjetividad, es una reflexión que amerita ser analizada con mayor detención, con la finalidad principal de poder explorar las diversas formas de violencia y lo traumático para la subjetividad. Siendo por lo tanto, un aporte iniciático para poder trabajar otra forma de lo traumático y ampliar el espectro teórico de los conceptos.

Al respecto, la raíz etimológica del término trauma alude a una herida, una marca o trazo que según Corominas (1973) no es posible borrar, herida que en el caso de la subjetivación originaria es factible metaforizar a modo de una violencia ejercida por el otro que conlleva a una consecuente *inscripción* o *surco* en el aparato psíquico, “trazar una línea” (Corominas, 1973 p. 582), es decir, una ruptura constructiva en la experiencia vital del sujeto que no conlleva una detención de éste sino la posibilidad de una reorganización

y posterior *metabolización* del psiquismo. Diferenciándose de esta manera, del trauma real devastador que implica la ausencia de inscripción y el avasallamiento del trabajo psíquico. Asimismo, la indagación en torno a la constitución originaria del sujeto bajo el prisma de la violencia necesaria, y por esta vía del *trauma edificante*, permite caminos de reflexión en torno a lo conflictivo como elemento nodal de la subjetividad, en tanto cimientos de lo tópico, lo dinámico y lo económico se ponen en marcha gracias al ejercicio violento y traumante del otro. Conflicto, que en esta ocasión toma la forma de un trauma movilizador que en su carácter violento, inaugura los caminos de la subjetivación.

Por otra parte, la relevancia del presente escrito radica a su vez, y evidentemente, en los deseos de los autores así como en su recorrido académico. En este sentido, cabe destacar, que la presente Memoria se sitúa como una obra que remite al esfuerzo último de los autores por alcanzar el título de psicólogos de la Universidad de Chile. Ello ha implicado que el camino de pregrado trazado haya estado marcado por un recorrido que progresivamente hizo presente el deseo por el estudio del psicoanálisis. Deseo anudante, que sirvió como vector al momento en que el interés de aprender se apuntaló a intereses más específicos, como es el caso del psicoanálisis en la infancia, así como la obra de Piera Aulagnier. Asimismo, las inquietudes que han inspirado a la presente Memoria se han edificado tras el comienzo de la labor clínica de los autores, trabajo que ha tenido como uno de los focos principales la clínica infantil y por esta vía la pregunta en torno a los procesos de subjetivación.

En este sentido, el camino esbozado se entrelaza con la formación de los autores, pues se circunscribe dentro de un contexto universitario donde paulatinamente toma mayor cabida el psicoanálisis como posibilidad de pensamiento y estudio dentro y fuera de las aulas. Es así, que la Memoria se enmarca además dentro de la Unidad de Investigación del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile "*Traumatismo, memoria y procesos de simbolización*", que tiene como coordinadores y docentes responsables al Dr. © Pablo Cabrera Pérez y al Dr. Roberto Aceituno Morales, unidad que se preocupa por la discusión clínica y teórica de lo traumático real, área de investigación donde lo originario tiene un lugar fundamental. De esta manera, es que a nuestro juicio una Memoria en torno a lo originario y la constitución subjetiva es una propuesta relevante y novedosa dentro del espectro de producciones teóricas de pregrado de Psicología de la Universidad de Chile para alcanzar el título de psicólogo. Asimismo, el lugar que tiene la

obra de Piera Aulagnier dentro de las revisiones de pregrado es aún incipiente, por lo que consideramos que la presente investigación es un aporte para continuar forjando caminos que se abren paulatina y recientemente.

De este modo, considerando la relevancia y la contextualización que ha derivado en la problemática de investigación, para poder realizar la reflexión en relación a la violencia necesaria y su incidencia *traumática edificante* en la constitución subjetiva, a partir de las teorizaciones de Sigmund Freud y Piera Aulagnier relativas al *proceso originario*, se utilizará una metodología de investigación teórico- documental, descriptiva y analítica, la que constituye el medio más adecuado para indagar y problematizar los objetivos propuestos.

Es así, que en pos de la problematización en torno al *encuentro originario*, que implica un proceso de subjetivación violento y de orden traumático edificante; el desarrollo de la Memoria se constituye por tres capítulos que recorren la problemática ya esbozada. En un primer momento, se indagará en torno a los aportes de Sigmund Freud en relación al problema del origen, para explorar luego, aún en el mismo capítulo, los caminos de subjetivación y la problemática de la violencia y el *trauma real*. De esta manera, se realizará un recorrido que abordará la metáfora de la *membrana de sustancia estimulable*, para poder entonces indagar en relación a la *protección antiestímulos* y el impacto estimular en su estrecha vinculación con el lugar del otro de la cultura. En este sentido, se analizarán los trazos que Freud dejó en torno al *encuentro originario*, específicamente la *vivencia de satisfacción*, leyéndola desde el prisma de la anticipación del otro y del *trauma real*.

En el segundo capítulo, se realizará una revisión en torno a aportes de Piera Aulagnier, quien desde un registro teórico distinto al freudiano, contribuye enormemente al problema de *lo originario*, la subjetivación y la violencia del otro en relación a los caminos de constitución psíquica. Contribuciones que se especifican respecto a lo originario al abordar las contribuciones de dicha autora en torno al *pictograma* y el *autoengendramiento*. Asimismo, el lugar del otro y la violencia concomitante adquieren mayor contorno al explorar las nociones de *violencia primaria y secundaria* de Aulagnier, reflexión respecto a la violencia que instala con precisión el lugar paradójal del otro en la puesta en marcha del psiquismo. Consideración por el otro que se ve complementada por los constructos de *sombra hablada* y *portavoz*.

Segundo apartado, que en su interacción con el primer capítulo relativo a la obra freudiana, permitirá abrir un tercer acápite que sitúe una discusión en torno a ambos autores, interacción que tras el complemento de otros psicoanalistas, permitirá indagar con detención el *encuentro originario*, explorando por ejemplo lecturas en torno a la *vivencia de satisfacción* y la *pulsión*. Así también, dicha discusión permitirá explorar los contrastes y aperturas que los autores nos plantean en torno a la violencia y lo traumático edificante, instalando por ende con énfasis el lugar central del otro que violenta en los procesos de subjetivación y por lo tanto el lugar político de dicho proceso traumático de constitución subjetiva. Reflexiones, que nos permiten interiorizarnos en un trauma distinto pero vinculado a aquel *trauma real* que nos ofrece Freud en 1920, un trauma esta vez que dista de ser destructivo y aniquilador del aparato psíquico, edificándose en cambio como un impulso violento pero necesario de parte del otro para que el infans se constituya psíquicamente. Empuje, que implica por ejemplo, que el infans se vea exigido de ejercer una actividad simbolizante ante aquel orden enigmático que originariamente se sitúa como desbordante. Discusión, que sitúa desde lo originario el problema de los caminos de la pulsión y el lugar del otro en dicho proceso.

Finalmente, la Memoria, la cual indaga la puesta en marcha del psiquismo a raíz de un trauma edificante, permite la posibilidad de expandir las ideas más allá de nuestra investigación, específicamente a diversas áreas de pensamiento teórico y práctica clínica. Por ejemplo, el plantear una situación conflictiva en lo *originario*, permite explorar más acuciosamente la noción de sujeto en conflicto en psicoanálisis y plantearla incluso en los momentos arcaicos y originarios en la subjetividad, llevándola más allá de la noción de conflicto inter-sistema. Asimismo, la noción teórica de *trauma edificante* permite pensar una metapsicología basada en el constante cambio que el sujeto puede vivenciar a partir de ciertos sucesos en sumo impactantes, que aparte de poder pensarlos y trabajarlos desde la arista aplastante que tiene el trauma real, es posible pensar su contraparte y asimilarlos como una oportunidad de *neo-génesis* (Bleichmar, 2008 [1999]), es decir, ciertos *traumas edificantes* que operan como materialidad base para poder re-transformar la subjetividad. Finalmente, las nociones de *trauma edificante* y *neo-génesis*, permiten pensar el trabajo con clínicas de índole diversa a las planteadas por Sigmund Freud, como por ejemplo la clínica de la psicosis, la infancia y de lo extremo.

En suma, el presente escrito, en su calidad de Memoria de pregrado, permite ser una piedra basal para posteriores desarrollos y exploraciones que los autores deseen emprender, ya sea inmersos en estudios de posgrado o en torno a las reflexiones que el trabajo clínico con la infancia y/o lo traumático puedan ofrecer.

II. Objetivos

a) Objetivo General:

Indagar y problematizar en relación a la violencia necesaria y su incidencia traumática edificante en la *constitución subjetiva*, a partir de las teorizaciones de Sigmund Freud y Piera Aulagnier relativas al proceso originario.

b) Objetivos Específicos:

1. Indagar y problematizar en torno a lo originario o arcaico en la teoría freudiana.
2. Indagar en torno a la noción de trauma real esgrimida por Sigmund Freud en 1920, considerando sus aportes y limitaciones, para la temática en cuestión.
3. Indagar y problematizar en relación a la actividad de lo originario postulado por Piera Aulagnier.
4. Indagar en torno a la violencia primaria y secundaria, planteadas por Piera Aulagnier.
5. Permitir el diálogo entre aportes de Sigmund Freud y Piera Aulagnier en torno a la actividad del otro, para poder problematizar en relación al encuentro originario traumático y edificante de la subjetividad.

III. Método

La presente Memoria puede ser clasificada, según su metodología y criterios de finalidad, como una investigación teórica que pretende indagar y problematizar en los cimientos traumáticos edificantes de la subjetividad. Esto principalmente, debido al tipo de fuentes que fueron revisadas y examinadas para poder pensar y establecer al encuentro originario en función de lo *traumático edificante*. En primer lugar, el método de investigación se concentra fundamentalmente en la recopilación de información y revisión de fuentes documentarias, tales como libros, artículos, textos y seminarios vinculados a la temática en cuestión. La selección de información (libros y artículos) con la cual se trabajó fue esgrimida principalmente bajo el criterio de distinción de los autores que han trabajado con temáticas vinculables a los ejes principales de la Memoria, el *encuentro originario* y lo *traumático*. Dentro de estos, cabe destacar la obra freudiana, debido a que nos permitió establecer ciertos cimientos básicos para poder analizar el *encuentro originario*, en donde destacan *La interpretación de los sueños, Capítulo VII* (1900 [1901]), *Más allá del principio del placer* (1920) e *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). Asimismo, los desarrollos posteriores de Piera Aulagnier, principalmente *lo originario* y la *violencia primaria*, nos permitieron indagar y problematizar los ejes propuestos por Freud, principalmente a partir del texto *La violencia de la interpretación* (1975). Por otro lado, otros autores relevantes para nuestra reflexión fueron, Jean Laplanche, Silvia Bleichmar, Donald Winnicott y Jacques Lacan.

Así también, la participación de ambos autores de la Memoria en la Unidad de investigación "*Traumatismos, memorias y procesos de simbolización*" perteneciente al Departamento de Psicología de la Universidad de Chile, ha sido fundamental para las indagaciones del escrito. Encontrando en la Unidad mencionada, diversos acercamientos en torno a lo traumático, lo originario y los procesos de inscripción y simbolización, desde aspectos teóricos, revisando autores como Sigmund Freud, François Pommier, Serge Tisseron, entre otros, así como consideraciones clínicas, al haber en la Unidad un espacio para poder pensar y reflexionar en torno a casos trabajados y presentados por los miembros de la misma.

De esta forma, el presente escrito corresponde a una investigación teórico-documental, descriptiva y analítica. Documental, debido a la revisión de libros, descriptiva,

debido al uso de términos y conceptos ya establecidos en psicoanálisis y analítica, en tanto estos conceptos son reflexionados, contrastados y puestos en tensión con la finalidad de poder pensar el objetivo principal de la Memoria.

VI. Desarrollo

a) En torno a lo originario, la inscripción del deseo y el trauma real

a. El problema del origen

Sigmund Freud, en su inmensa obra, aborda minuciosamente una serie de problemáticas que se edificaron paulatinamente como caminos de revisión teórica, donde el trabajo del autor se hizo insoslayable y determinante para posteriores revisiones. Sin embargo, a pesar de que la producción de Freud fue uno de los pilares fundamentales dentro del trabajo intelectual del siglo precedente, como todo autor existen ciertas exploraciones teóricas que se presentan de una manera más iniciática y velada en comparación a los más grandes y claros lineamientos de la obra. Atisbos, que llamaron a posteriores psicoanalistas a continuar la indagación precisamente donde el pensamiento freudiano parecía ser más oscuro y lejano.

En tal sentido, la cuestión del origen, o con más precisión de *lo originario*, parece ser una de las problemáticas que se presentan más oscuras dentro de la obra de Sigmund Freud. Al respecto, el énfasis del trabajo del autor referido recayó principalmente en una vasta teorización que permitiera pensar consistentemente la neurosis, lo que implicó que el problema de la *castración* y el *complejo de Edipo* tomaran crucial relevancia. No obstante, como se ha hecho mención, el problema de lo originario está presente a lo largo de la obra freudiana, pero de una manera tal que Freud nos provee tan sólo cimientos para desarrollar un camino de pensamiento en torno al tema, sin presentarlo por ende como una problemática que haya desarrollado de forma cabal.

En torno a este último aspecto, cobran especial relevancia los trabajos de Freud relativos a *Más allá del principio del placer* (1920) y *Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos* (1913 [1912-13]). Textos fundamentales de la obra freudiana, en que se ponen de manifiesto reflexiones que se dirigen a pensar el problema de *lo originario*, es decir nos ofrecen desde distintos ángulos líneas de pensamiento que permiten indagar en torno a los caminos de subjetivación. Adquiriendo de esta forma, el texto *Más allá del Principio del placer* un énfasis en los recorridos en que el infans se encuentra con el mundo, por otro lado, *Tótem y Tabú* alude a un esfuerzo por indagar el origen del orden cultural en sí. Textos que relevamos, pues

sitúan problema del origen y cómo éste ineludiblemente remite a un encuentro con un otro. En este sentido, quizás llama la atención de que hayamos mencionado ambos textos en un orden cronológico inverso, no obstante ello encuentra respaldo si se considera que Tótem y Tabú permite enfatizar el soporte cultural a la explicación metafórica de subjetivación que en el texto de 1920 se ofrece, orden argumentativo que además es el que sigue el presente acápite.

En ese sentido, adentrándonos a *Más allá del principio del placer* como primera forma de abordar el encuentro fundante entre el infans y el mundo, nos remitiremos a Freud y la metáfora realizada por éste en torno a la *vesícula indiferenciada de sustancia estimulable*. Respecto a ésta, Freud en un esfuerzo representativo refiere que “su superficie vuelta hacia el mundo exterior está diferenciada por su ubicación misma y sirve como órgano receptor de estímulos” (Freud, 1920 p.26). Representación celular, que ilustra una reflexión en torno al encuentro entre el bebé y el mundo que lo rodea. Freud agrega que

“sería fácilmente concebible que, por el incesante embate de los estímulos externos sobre la superficie de la vesícula, la sustancia de ésta se alterase hasta una cierta profundidad, de suerte que su proceso excitatorio discurriese de manera diversa que en sus estratos más profundos. De este modo se habría formado una corteza” (Freud, 1920 p.26).

Corteza que por otra parte, tendría la particularidad de ser cribada, lo que conlleva que aquella vesícula sea representable como cubierta por una membrana que pueda filtrar el embate estimular externo. En este sentido, el encuentro a un nivel tópico y económico sería con un “mundo exterior cargado {laden} con la energías más potentes” (Freud, 1920 p.27), lo que implica que la partícula de sustancia viva de no encontrarse protegida sería aniquilada en este encuentro, es por ello que tiene lugar la *protección antiestímulos*. Envoltorio, que es descrito como una membrana cribada, que permitiría que en el encuentro fundante el psiquismo pueda protegerse del embate híperintenso. De este modo, la *protección antiestímulos* en esta metáfora de la psique originaria, adquiriría forma en tanto aquel impacto proveniente del mundo implicaría que la superficie exterior de la vesícula muriera, cribándose y formando una especie de capa que permite filtrar estímulos. Paradójica muerte, que en tanto muerte permite la vida del psiquismo.

Empero, la metáfora de la membrana y el concomitante impacto estimular que Freud nos representa, alude a una explicación de los procesos de constitución subjetiva que se encuentran insertos en un marco de pensamiento freudiano donde el lugar de la cultura es central. En este sentido, la metáfora freudiana de la membrana y la *protección antiestimular* concomitante, contiene ya la importante noción de que el mundo en *lo originario* (y claramente en las otras actividades del psiquismo) remite al lugar del otro, otro parental en el caso particular del infans que es a su vez emisario de la cultura. Es así, que ya desde escritos iniciales de Freud hay una cabida al lugar del otro como lugar externo al infans. Al respecto, Freud tempranamente señala que por el inicial desamparo del ser humano y su incapacidad de ejercer una acción eficaz y coordinada (Freud, 1950[1895]), éste requiere de un aporte de parte del adulto, de parte de un otro con mayor experiencia en el mundo para poder satisfacer sus necesidades biológicas, ya que en los comienzos de la vida “el organismo humano es incapaz de llevar a cabo la acción específica [la cual sólo] sobreviene mediante auxilio ajeno” (Freud, 1950[1895], p. 362). De esta manera, Freud denomina a aquella acción eficaz del adulto *acción específica* (Freud, 1895), diferenciándola de las reacciones inespecíficas que tienden a buscar la satisfacción pero lográndola temporalmente (Freud, 1950[1895]).

Sin embargo, el encuentro contenido en la metáfora freudiana entre la *membrana de sustancia estimulable* y el mundo exterior, no debe olvidar que implica por sobre todo que se entable una relación con la cultura, aspecto ya contenido en Freud (Cabrera, 2012). En este sentido, como se ha expresado, “en los tiempos originarios, la protección antiestímulos es una *barrera* que construyó y la sostuvo el Otro en relación a la cría” (Cabrera, 2012 p.150). Forma del encuentro esbozada por Freud (1926 [1925]) y que tiene como agente protagonista al otro parental en tanto *yo- auxiliar* (Freud, 1926 [1925]; Cabrera, 2012; González, 2011) que implica la consideración temprana del lazo social que conlleva el encuentro fundante, dimensión necesaria para la puesta en relación entre psiques y cuerpos. En este sentido, el lugar del otro ante el infante implica mucho más que proveer las condiciones básicas para que el bebé siga viviendo, pues en definitiva, el otro parental alude al soporte cultural necesario para que el infans acceda a lo propiamente humano.

En este sentido, el mito que nos presenta Freud en *Tótem y Tabú* (1913 [1912-13]), implica que el otro parental se ve inserto en el registro cultural y por esta vía permite

la inscripción del infans a éste, en la medida que comparte una dimensión cultural que se ha visto posibilitada por una acción violenta y fundante del entramado cultural.

Al respecto, la mítica horda paterna, en la que sólo el padre puede tener acceso a las mujeres del clan, ya implica una regulación de los lazos de la comunidad en que se le impone al grupo de hermanos la exogamia. Empero, Freud refiere que “un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible” (Freud, 1913 [1912-13] p. 143). De esta manera, se articula un entramado social que requirió de una violencia mortífera para que pueda tener lugar la cultura, pues los hermanos debieron organizarse para asesinar y luego devorar al poderoso padre.

De este modo, aquella violencia fundante sostuvo un límite al poder totalizante del padre e implicó que a su vez fuera el cimiento para delinear el entramado cultural. Aquello, en la medida que exigió al grupo de hermanos una primera forma de organización entre pares que pudiera llevar a cabo el asesinato del padre. Pero a su vez, el padre asesinado se hizo más poderoso en su ausencia, pues tras la muerte del mismo afloraron con fuerza las mociones tiernas hacia el odiado y amado padre, lo que implicó el surgimiento de la *conciencia de culpa* por parte de los hermanos. Ello conllevó, que las prohibiciones del padre ahora muerto se fortalecieran y de este modo se aseguró que no hubiese otro que ocupase el lugar del padre todopoderoso, reforzándose por esta vía la *prohibición del incesto*. Legalidad, que además toma fuerza en la medida que la exogamia asegura la vida en comunidad, en tanto la renuncia a las mujeres deseadas, impide que nuevamente devenga un padre hiperpoderoso que monopolice la fuerza y el acceso a las mujeres.

De esta forma, se estructura un mito fundante que tiene como punto nodal un acto violento que implica el asentamiento e interiorización de la *interdicción al incesto* y la imposibilidad de ocupar el lugar del padre omnipotente; conllevando a su vez un carácter productivo, pues dicha violencia es condición para que se asiente la cultura, y por esta vía, a nivel del sujeto, se establezca la *represión* y por ende la posibilidad de generar un espacio de pensamiento. Es así, que el asesinato fundante, que conlleva la restricción de ocupar el lugar sin límites del padre asesinado y por ende implica la *interdicción del incesto*, establece una comunidad de pares pero que implica la diferencia generacional.

Por lo tanto, el otro parental se ubica inserto en un orden cultural marcado y posibilitado por aquella violencia primera e irrepetible. De este modo, por ejemplo el padre se ubicaría como el otro paterno que no alude a aquel padre absoluto superior a toda ley, sino que por el contrario, el otro paterno implicaría un sujeto marcado por la *represión*, y por ende, habla de un sujeto descentrado y posibilitado dentro de una cierta legalidad y marco cultural. Asimismo, la madre también se sitúa ante el infante como un otro atravesado por la *represión* y por esa vía por el marco de la cultura y la *interdicción del incesto*. Consideraciones, que implican por lo tanto, que el otro parental se ubica ante el infans como un agente soporte y posibilitador de la transmisión cultural, y por ende, potencial sostenedor de los caminos de subjetivación del infante. Esto, en la medida que el otro es agente y transmisor del entramado cultural que implica que el infans ingrese a un linaje marcado por la diferencia entre las generaciones.

b. El encuentro y las condiciones de la inscripción de una huella. La memoria y el deseo

i. La vivencia de satisfacción, el deseo y el pensar

Aunque lo originario es un área en que, como se ha dicho, Freud sólo trazo significativos cimientos, a partir de aquel autor es posible plantear importantes lineamientos para adentrarnos en el encuentro originario entre el infans y el otro, y por esta vía, con la cultura. Directrices, que a su vez tienen el mérito de permitir indagar en torno al asentamiento del deseo.

Al respecto, uno de los planteamientos más importantes de la obra freudiana en torno a los caminos de subjetivación, remite a la vivencia de satisfacción y a la consecuente instauración del deseo (1900 [1901]). En este sentido, hay una forma de encuentro que es nodal a la hora de reflexionar en torno a los inicios del psiquismo. Puntualmente, es el encuentro del infans con el pecho materno el que marca importantemente a aquel que acaba de nacer. Ya Freud (1905) refirió cómo el chupeteo con fruición del niño pequeño remite al mamar del pecho materno, siendo este encuentro fundamental para los caminos diversos que los representantes de la pulsión pueden emprender. De esta manera, el acto de mamar implica mucho más que la satisfacción de necesidades de la conservación de la vida, ya que dicho acto conlleva el apuntalamiento

de un quehacer de orden sexual a funciones relativas a la autoconservación, particularmente, la libido se apuntala al mamar.

De esta manera, el encuentro pecho- infans implica una primera y mítica *vivencia de satisfacción* para el bebé; *vivencia de satisfacción* que tiene lugar en tanto hay un otro materno y que conlleva por ende que lo que pudo haber sido del orden de la autoconservación ahora se encontrará apuntalado a requerimientos sexuales. Vivencia, que enlaza lo sexual a la autoconservación y que acarrea la inscripción de una imagen mnémica, que tuvo lugar a partir de una percepción, y que quedará asociada a la huella que quedó en el psiquismo a propósito de la excitación que la necesidad marcó. En otras palabras, en un mítico comienzo, el bebé hambriento necesitará de alimentación y para obtenerla “buscará un drenaje en la motilidad, [una] «alteración interna»” (Freud, 1900 [1901] p.557). Es decir, el bebé realizará una actividad motora, por ejemplo llorará, lo que implica un recorrido progrediente de la excitación (es decir desde la percepción a la motilidad) que en el mejor de los casos conllevará que la madre llegará y lo alimentará, asociando así el infans su necesidad a un otro materno que lo satisface. En este sentido, la necesidad produce una excitación que es cancelada por el cuidado materno, lo que conforma la *vivencia de satisfacción*. Experiencia nodal, que implicará la asunción del deseo para el infans. Por ende, la próxima vez que el bebé sienta la necesidad que implica el hambre “querrá investir la imagen mnémica de aquella percepción, [produciéndose], otra vez la percepción misma”. (Freud, 1900 [1901], p. 557). En otras palabras, el bebé deseará repetir la experiencia satisfactoria que tuvo lugar en relación al otro materno. Al respecto, dentro de aquel esfuerzo por alcanzar nuevamente la mítica *vivencia de satisfacción*, la próxima vez que la necesidad devenga, el infans tratará de alcanzar nuevamente aquella percepción. Tarea ardua, cuyos intentos cercanamente logrados implicarán que se esgrima el cumplimiento de deseo. Empero, el camino inicial que el bebé establecerá para lidiar con el deseo, que marca la distancia respecto a la *vivencia de satisfacción*, será la *alucinación*. Es decir, un camino regrediente (posterior al recorrido progrediente de la excitación) en la asociación de representaciones que implicará la reinvestidura de la *huella mnémica* asociada a la *vivencia de satisfacción*, y por esa vía entonces, tendrá lugar la percepción alucinatoria del objeto anhelado. En este sentido, el bebé en un intento por restablecer la satisfacción primera, alucinará con dicha vivencia al momento en que la necesidad, ahora apuntalada a lo placentero, se haga presente.

Sin embargo, las implicancias del encuentro con la realidad material, impedirán que la actividad psíquica del bebé pueda seguir restringiéndose a la alucinación, ya que si ésta con exclusividad persiste, el infans no podría sobrevivir. Por lo tanto, el bebé intentará repetir aquel placer fundante cuando la necesidad se presente nuevamente, aunque esta vez el cumplimiento de deseo que implicó la actividad alucinatoria, deberá lograrse a través de una forma de satisfacción más acorde a la realidad circundante, pues la mera alucinación en nada puede asegurar la continuidad de la vida (Freud, 1911).

De este modo, la amarga experiencia relativa a la insuficiencia de la alucinación para calmar la necesidad, implicará que tome forma una actividad de pensamiento más compleja que aquella propia de la alucinación. En este sentido, deberá haber un “rodeo para el cumplimiento de deseo” (Freud, 1900 [1901] p.558) que implique que la actividad regresiva del aparato psíquico no se suscite de manera completa. Es decir, los caminos de excitación que el deseo implica para el aparato psíquico se detendrán previamente al trabajo alucinatorio, para que desde la imagen mnémica el psiquismo pueda buscar un camino que le permita esta vez establecer una *identidad perceptiva* (de pensamiento) con el mundo exterior. Actividad de pensamiento, sustituto del deseo alucinatorio, que permite el gobierno de la motilidad y por esa vía un accionar que permita la continuidad de la vida.

Por otra parte, cabe destacar que aquel recorrido que toma como elemento nodal la mítica *vivencia de satisfacción* y la concomitante instauración del deseo, así como la ya más compleja actividad de pensamiento, implican un derrotero que en la medida que ha conllevado un *apuntalamiento* de las pulsiones sexuales a la actividad de autoconservación, esbozará los caminos del *autoerotismo* (Freud, 1905). El cual requiere necesariamente la figura del otro, en tanto es el otro materno, por ejemplo, el que brinda el pecho para que el infans calme sus exigencias.

A su vez, el encuentro que implica la *vivencia de satisfacción* y la instauración del deseo trasciende los límites de la boca y el pecho. En este sentido, aunque el texto freudiano delinea la magnitud del encuentro, dicha consideración adquiere énfasis si se toman aportes de autores posteriores. De este modo, en las líneas que siguen serán principalmente determinadas teorizaciones de Ricardo Rodulfo las que nos servirán de apoyo para abrir las líneas de reflexión que el texto freudiano cimentó.

Al respecto, es posible plantear que aparte del placer experimentado en la *zona erógena* oral del infans brindada por el pecho materno, aquel encuentro pecho-boca remite a un encuentro que implica a dos cuerpos, dos pieles que se rozan en aquel abrazo anterior a que el pecho se ofrezca ante la boca hambrienta del bebé (Rodulfo, 2012[1999]). En este sentido, Winnicott (1971) nos expresa que junto con la presentación del objeto, la madre sostiene y manipula al bebé, *función ambiental* que es fundamental para que el niño pueda tener una experiencia legítima de omnipotencia.

De esta forma, es “el cuerpo de la madre el primer lugar donde vive el mamífero que aquí nos ocupa [en el cual] el vivir es un acontecer psíquico y no solamente físico” (Rodulfo, 2012[1999] p.14). Al respecto, el cuerpo de la madre permite un abrigo al cuerpo infantil en el registro de la necesidad biológica, pero a su vez la piel del otro envuelve y acuna la experiencia psíquica inicial que el niño puede llegar a experimentar. De esta manera, en este encuentro entre cuerpos, la madre va marcando la piel del infante con diversos caminos, un marcaje que produce cierto impacto estructurante y necesario para el psiquismo del infante (Rodulfo, 2012[1999]).

Es así, que este marcaje es realizado por el otro por medio de la *caricia* que efectúa al infante al tocarlo y recorrerlo, un “juego¹ que se da entre el niño y algún *grande*²” (Rodulfo, 2012[1999] p.37), acto que implica una verdadera escena de escritura corporal. El otro adulto contornea las diversas formas de la cara deteniéndose en cada particularidad de ésta, rodeando su forma y dibujando sus recovecos, figurando los rasgos característicos del infante, acompañando dichos movimientos con una verbalización nombrando cada territorio corporal acariciado. En tiempos posteriores de la constitución psíquica, especialmente cuando el infante ya cuenta con el dominio de la palabra, este juego será exigido nuevamente por el niño, quien demandará a aquel adulto que repita esta acción de la misma forma que lo había hecho anteriormente, tocando y nombrando los lugares recorridos. Es en esta secuencia, que el marcaje del otro implica que, a través del tiempo, el recorrido con la mano del grande transformará en rostro la cara del

¹ El término juego es utilizado por el autor en un sentido laxo, en el sentido que en esta escena de caricias, la dualidad presencia-ausencia (fort-da) propia del juego simbólico aún no tiene lugar.

² Sorprenderá la expresión “grande” en vez de adulto, padre o madre. No obstante, Ricardo Rodulfo prefiere dicha expresión en tanto ésta presenta una serie de ventajas, des- biologiza la dimensión de la relación infans- otro parental, evitando la connotación evolutiva y fuertemente ideologizada. Así también, des- edipidiza y des- familiariza el vocabulario psicoanalítico, no ocultando las relaciones de poder que tensan el campo de la relación infans- otro parental.

pequeño, fundando de esta manera un *cuerpo* para el infans (Rodulfo, 2012[1999]), cuerpo psíquico distinto al cuerpo meramente biológico de la necesidad.

Desde Freud, es posible leer un primer reconocimiento de la función estructurante de la *caricia*, especialmente de la caricia parental respectiva a la primera teoría de *seducción traumática* (Rodulfo, 2012[1999]). Freud señala, que la etiología de los síntomas en la histeria se debe a una escena sexual entre un padre y su hijo ocurrida durante la primera infancia, escena que podría llegar a ser traumática. Además, en dicha escena la sexualidad es sumamente importante (caricias y roces entre pieles), concluyendo de esta forma el autor, que todo síntoma remite a un vivenciar sexual traumático. Por ende, durante este primer periodo de la obra de Freud, el autor plantea la consideración de la sexualización infantil de parte de un otro como hito universal y de suma importancia en la futura neurosis adulta y así comenta que “en la base de todo caso de histeria se encuentra una o varias vivencias (...) de experiencia sexual prematura y pertenecientes a la tempranísima niñez” (Freud, 1896 p. 202). Con estos elementos en mente, Freud plantea la teoría de la seducción, la cual implica el accionar de un adulto en el cuerpo del niño con fines de comercio sexual; situación traumática para el niño pasivo que vivencia esta escena, pero a su vez, experiencia estructurante de la futura neurosis.

Esta teoría será complejizada por Freud, pero este comienzo en sus pensamientos dejó sin embargo una huella importante respecto a que existe un contacto a nivel de la piel y la caricia entre infante y el adulto. En este punto, el placer experimentado por el infans mediante aquella *caricia* del otro, más allá de la iniciática *teoría de la seducción* freudiana, cumple un rol de subjetivación, en cuanto “a través del placer, el niño se subjetiva, pasa del organismo al cuerpo, se [inscribe por el otro] en tanto corporeidad” (Rodulfo, 2012[1999] p.42). Así, en este encuentro de *vivencia de satisfacción*, junto con amamantar al bebé, la madre acaricia al infante, lo recorre con su mano mientras el bebé satisface la pulsión de autoconservación mediante el alimento y también da cabida a la pulsión sexual mediante la *caricia* (Freud, 1905; Rodulfo, 2012[1999]). En consecuencia, la *vivencia de satisfacción* evidencia su estatuto, como una experiencia de subjetivación para el infante a modo de consecuencia de haber experimentado la satisfacción (Rodulfo, 2012[1999]), así como con un encuentro con un otro.

ii. El acto del nacimiento y la cuestión del dolor

Es claro el lugar nodal que tiene la *vivencia de satisfacción* para la subjetivación del infans, empero hay otras experiencias que tienen un destacado lugar a la hora de indagar desde Freud los caminos de constitución subjetiva, y por lo tanto el lugar del otro y los recorridos con que toman forma las inscripciones de *huellas mnémicas*. Es así, que haremos mención a dos experiencias insoslayables para todo humano, a saber, el nacimiento y el dolor.

Uno de los primeros encuentros con el mundo es el acto del nacimiento. Acto, que a pesar de ser un encuentro propio de la relación madre-hijo, a su vez, proclama la separación efectiva del cuerpo materno (Freud, 1926 [1925]), ruptura que implica que el bebé se enfrente a una gran cantidad de estímulos propios de la novedad del mundo (Freud, 1917). El aire frío, la luz y los ruidos provenientes de la realidad exterior, entre otros, inundan y estimulan los órganos receptivos del recién nacido causando una sobreexcitación compleja de tramitar. El mismo Freud, añade que en el acto del nacimiento “se produce ese agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales” (Freud, 1917 p. 361) sumamente molestas para el bebé. Es más, el autor señala que la interrupción de la renovación de la sangre a nivel intrauterino implica un gran incremento estimular que conlleva angustias de orden intoxicante para el recién nacido (Freud, 1926 [1925]).

De esta manera, el acto del nacimiento se configura para el infans como una vivencia angustiante, sin embargo se trata de un modo de angustia específico donde aún ésta no es señal del peligro de pérdida del objeto materno, no obstante instala la potencialidad de que el infans añore el objeto perdido. Al respecto, en el nacimiento aún no es posible para el bebé la añoranza por el objeto, pues en aquella separación iniciática el bebé no cuenta con una pérdida de amor. En ese sentido, el nacimiento propiciará angustia que sólo más tarde se constituirá como *angustia señal* ante el peligro de perder el objeto (Freud, 1926 [1925]). De este modo, el acto del nacimiento conlleva angustia donde el carácter económico tiene un lugar central, constituyéndose de esta forma como una matriz de registro sobre las cualidades de alteración más que como un recuerdo en cuanto tal, propiciando por lo tanto un soporte económico para la posterior constitución de una angustia ligada que implique la añoranza del objeto (Cabrera, 2010). De esta forma,

la angustia propia del nacimiento sería de orden originaria, *angustia automática* que se esgrime como elemento nodal para la conformación de la *angustia señal*.

Sólo más tarde, en la medida que se susciten múltiples experiencias de satisfacción la madre cobrará el lugar de objeto para el infans, esto en tanto la ausencia de la madre implica la posibilidad de que la necesidad no sea satisfecha. Objeto, que será fuertemente investido de modo alucinatorio por el bebé, investidura destinada al fracaso, en tanto la alucinación es expresión a su vez de la distancia real con el objeto, ocasionando en el recién nacido un pasaje desde el extrañar a una fuerte expresión de desconcierto, debido a la intensa “perturbación económica por el incremento de las magnitudes de estímulo en espera de tramitación” (Freud, 1926 [1925] p.130).

Por otra parte, como se refirió, el dolor ocupa un lugar importante para reflexionar en torno a los caminos de subjetivación. En este sentido, el dolor se erige como una forma paradójica de encuentro, que marca y a la vez evidencia una ruptura. Remitiéndonos a Freud, la explicación en torno a la experiencia de dolor implica seguir el modelo ya descrito de la *membrana indiferenciada de sustancia estimulable* y la correlativa *protección antiestímulos*. Al respecto, el dolor tendría lugar ante un estímulo externo que perfora los dispositivos de la *protección antiestímulo*, implicando con ello que actúe como un estímulo pulsional continuado respecto al cual las acciones musculares son ineficaces, pues no pueden sustraer el estímulo del lugar aquejado (Freud, 1895 [1950], 1920, 1926 [1925]). Asimismo, en tanto el dolor es una ruptura de la barrera antiestímulos, implica la imposibilidad de ligazón de la experiencia dolorosa, pues la barrera protectora aludiría en sí al trabajo de ligadura. Es por estas condiciones, que el dolor expresa la imposibilidad de hacer un lazo y por esa vía empuja al psiquismo a un trabajo previo al *principio del placer*, es decir lo apremia tener que ligar aquella excitación, que en tanto dolor, denuncia la ausencia de representación.

En este sentido, el lugar del otro en la experiencia de dolor se enfatiza si se considera el doble uso que la expresión dolor conlleva. Al respecto, a Freud le es llamativo que sea posible hablar de dolor no sólo para experiencias corporales sino también para aludir a experiencias de orden anímico. Pues bien, la cercanía entre ambos usos es vinculable en primer lugar a que el dolor en los orígenes remitiría a la separación en relación al objeto materno. Al respecto, Freud nos dice que el bebé ante la ausencia de la madre experimenta angustia pero su rostro además expresa dolor, como si en el

comienzo dolor y angustia no fueran aún diferenciables (Freud, 1926 [1925]). En este sentido, la experiencia de separarse de la madre para el bebé es de orden traumática y por lo tanto aún inabordable, pudiendo expresar ante ello solamente dolor, ya que el dolor es algo no asociable en tanto implicaría la ausencia de *huellas mnémicas*. Por otro lado, en cambio la angustia tendrá eventualmente lugar en la medida que el niño de forma paulatina ligue la ausencia materna al retorno de ésta, pudiendo entonces el bebé dar lugar a la angustia ya que podrá experimentar éste el peligro de la ausencia y por esa vía podrá anticiparse al hecho displacentero (a modo de *angustia señal*). De este modo, en los comienzos de la vida tendría lugar el dolor ante la separación del otro materno siendo la angustia una llegada posterior (Freud, 1926 [1925]).

Asimismo, Freud, aunque ahora pensando en un aparato psíquico constituido, nos señala que el dolor corporal implica una investidura elevada del lugar adolorido del cuerpo lo que conlleva a su vez que la libido depositada en el yo se empobrezca. Este punto es relevante, pues el dolor anímico también conlleva un vaciamiento de la libido depositada sobre el yo. Es decir, el dolor anímico, al ser también añoranza, implica que la investidura sobre el yo disminuya depositando gran parte de la libido en aquel objeto que se extraña (Freud, 1917; 1926 [1925]). Igual destino de la libido yoica, que por esta vía da lugar también a que se utilice indistintamente la palabra dolor para referirse al daño físico así como al anímico.

De esta manera, la cercanía referida entre el dolor anímico y el dolor corporal, ya sea pensando en los procesos de subjetivación o en un aparato psíquico ya constituido, nos remite a pensar en ambos el lugar del otro. Lo señalado, en tanto a nivel *originario* el dolor anímico y el dolor corporal conllevan necesariamente al otro en la medida que el esfuerzo de dicha actividad implica un trabajo representacional que difumina la distinción entre el otro y el infans (Freud, 1940 [1938]); pues si en lo originario el otro parental encarna el lugar de la protección antiestímulos, el dolor corporal conllevaría por ende una ruptura en el rol protector del otro, lo que confundiría en lo originario el dolor anímico y el dolor corporal, en tanto éste último aludiría también a una añoranza de un otro.

c. La violencia del otro y el derrumbe

En la medida que el objeto de la presente Memoria es investigar cómo la subjetivación en *lo originario* remite a una violencia del otro necesaria y edificante. Se hace necesario explorar la revisión freudiana en torno al *trauma real*, indagación que será complementada con autores posteriores. Esto, en tanto la mencionada teorización otorga lineamientos imprescindibles para poder indagar en torno aquella violencia que efectivamente aconteció y que tiene consecuencias determinantes para el psiquismo.

Al respecto, pareciera ser que desde Freud, la dimensión cuantitativa en relación al *trauma real*, es decir, una intensa afluencia al aparato psíquico de una cantidad estimular que excede las capacidades de elaboración del mismo, adquiere un lugar central (Donzino, 1992). Sin embargo, lo referido implica una densidad teórica compleja y una relación al otro que es de orden crucial para poder dimensionar aquello que es concebido como traumático.

Al respecto, al hablar de *trauma real* una importante referencia para este escrito alude a un tercer momento dentro del desarrollo teórico freudiano en relación al trauma. En este sentido, Sigmund Freud, inserto en el crudo contexto que implicó la primera guerra mundial, considera que la *teoría traumática fantasmática* (Freud, 1897), segundo postulado elaborado por el autor en torno a la temática, es insuficiente para explicar determinados fenómenos subjetivos, en particular aquellos denominados como *neurosis traumáticas*. Constatación, que llevó a Freud a retomar el lugar central del acontecimiento efectivamente acaecido en torno a la causación de determinado malestar (Freud, 1920).

De este modo, Sigmund Freud da cuenta de un camino de reflexión que desde la carta 69 a Fliess (Freud, 1897) se presentaba un tanto más distante; considerándose esta vez lo traumático como un fenómeno que en un breve lapso provoca en la vida anímica un exceso (Freud, 1917). Es decir, lo traumático implica un evento de orden sorpresivo (Freud, 1920) que conlleva un “exceso tal en la intensidad del estímulo que su tramitación por las vías habituales fracasa” (Freud, 1917 p. 252). En otras palabras, el aparato psíquico no logra tramitar dicha estimulación hipertrófica (Freud, 1920), lo que alude a que ante tamaña intensidad el psiquismo, ahora desvalido (Freud, 1926 [1925]), es incapaz de

ligar dicha estimulación excesiva, produciéndose trastornos duraderos o fijaciones en el aparato psíquico (Freud, 1920).

Empero, Freud da una mayor precisión a aquel desborde psíquico que los estímulos hipertróficos implicarían para el aparato. En este sentido, refiere que “llamamos traumáticas a las excitaciones *externas* que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo” (Freud, 1920 p. 29). Membrana, que tendría por función permear el impacto estimular que el vínculo con el mundo implica para el aparato psíquico. No obstante, si dicha protección que se inauguró en base al impacto excesivo es sobrepasada, el sujeto quedaría indefenso ante el exterior y se vería imposibilitado de ligar aquello que ha ingresado violentamente. Lo que implicaría por lo demás, un funcionamiento del aparato que va más allá del *principio del placer*, pues justamente, el psiquismo se vería requerido al trabajo previo de ligar aquello que ingresó de manera abrupta y desmedida (Freud, 1920).

Cabe señalar, que el *trauma real* tendría efectos duraderos en el psiquismo desbordado, impacto que puede implicar una repetición positiva del mismo, caracterizada por la fijación al trauma y la *compulsión a la repetición* de éste, implicando un esfuerzo del aparato psíquico por devolver la vigencia del trauma. Sin embargo, las consecuencias del trauma pueden ser de orden negativo, conllevando también una fijación al trauma pero caracterizada por una fuerza contrapuesta, repitiéndose en éstas las defensas que se han edificado contra el trauma. Ambas consecuencias, en tanto impactos estimulares intramitables, pueden ser acogidas en el yo, lo que implicaría que el trauma tendría efectos moldeadores a nivel del carácter (Freud, 1939 [1934-38]).

Así también, aquel suceso con fuerza traumática, de carácter sorpresivo e inabarcable, que conlleva la fractura de la *protección antiestímulos* (Freud, 1926 [1925]) acarrea además una experiencia de orden terrorífica (Freud, 1920); expresión que refleja lo inabordable del impacto traumático real, en tanto la psique se ve imposibilitada de ligar dichos estímulos. En este sentido, son los vasallajes del yo los que se ven sobrepasados, no pudiendo recurrir el aparato ni siquiera a aquella angustia que habla de una señal (Freud, 1926 [1925]), sino que el psiquismo queda inmovilizado en el orden del terror. De este modo, como refiere Viñar (2010), los estímulos vivenciados como desbordantes remiten a un agujero en la continuidad representacional propia de la actividad psíquica, terreno terrorífico del espanto que conlleva una desgarradura de las condiciones de

representabilidad, y por ende de relato, de aquello que se vivenció como devastador. Sin embargo, como refiere el último autor mencionado, lo imposible de enunciar dentro de una misma generación no se puede ocultar a las siguientes, en tanto dicho vacío representacional, bajo la amplificación de la institución familiar, marca imperiosamente a futuras generaciones con la huella del horror (Viñar, 2010).

Por otro lado, y ahora complementando el texto freudiano con autores que enfatizan el lugar del otro en torno al *trauma real*, es plausible señalar que la ruptura en la *protección antiestímulos* que implica el *trauma real* remite a un tiempo originario que releva el lugar del otro, pues dicha protección alude a aquel sostén que el otro brindó a la cría en tanto *yo auxiliar*, aspecto que implica necesariamente, *represión* mediante, el reconocimiento del bebé como un otro diferente. En este sentido, aquel impacto estimular propio de lo *traumático real* es metáfora del quiebre y perversión del lazo social que lo *traumático real* conlleva, aspecto ya inserto en la concepción freudiana de *protección antiestímulos* y su desgarradora ruptura (Cabrera, 2012). De esta manera, el otro cobra un lugar sumamente importante, pues garantiza el lazo social que en definitiva es basal “para el ejercicio del pensamiento y cultura, en último término, para la existencia del sujeto psíquico” (Cabrera, 2012 p.150), de manera que el *trauma real* implicaría la perversión o el desgarramiento del lazo al otro. Al respecto, al vivenciar el sujeto un *trauma real*, éste se verá expuesto a aquella falla del lazo social, en tanto quiebre en la contención del aparato psíquico de parte del conjunto social. De esta manera, el traumatismo “constituye una amenaza para el vínculo con el conjunto [social] en la medida en que el sujeto podría no tener más lugar en él” (Kaës, 1991 [1988] p. 147), siendo éste pasado a llevar tanto en su dimensión individual, así como en su calidad de miembro del entramado cultural.

Lo señalado, permite reflexionar en torno a la diferencia de poder que el *trauma real* implica, aquello en la medida en que éste conlleva una acción en la que el sujeto violentado se vería abolido por un otro en un lugar distinto y dominante. En este sentido, es quizás Ferenczi (1932) uno de los primeros en ilustrar de un modo más directo el vínculo del *trauma real* con la vulneración del otro, así como la diferencia de poder que la violencia de lo traumático real implica. Es así, que con la *confusión de lenguas* nos refiere una relación pervertida o deformada por parte del adulto, representante del otro social podríamos añadir, respecto al niño. Es más, el niño en una posición de dependencia hacia el otro, se vería sometido a la confusión que le presenta el adulto, no pudiendo distinguir

entre la ternura y la erotización, lo que puede derivar incluso en la *introyección del sentimiento de culpa* que le debiese corresponder a aquel que ha violentado.

Asimismo, la noción de *miedo al derrumbe* (Winnicott, 1991 [1963]) parece particularmente ilustrativa para reflexionar en torno a la violencia desde el otro y la asimetría que implica dicha vulneración. En este sentido, el *miedo al derrumbe*, que describe “ese estado de cosas impensable que está por debajo de la organización de las defensas” (Winnicott, 1991 [1963] p.113) nos habla de una vivencia extrema todavía no vivida pero que sin embargo aconteció, esto en tanto el psiquismo aún no se encontraba en condiciones de representar dicha vivencia en que hubo una fuerte intrusión de factores externos en la medida que aconteció una falla del *ambiente facilitador*. En otras palabras, el *miedo al derrumbe* puede tener lugar en tanto hubo una falla arcaica del otro garante y/o *yo auxiliar* de aquel psiquismo en constitución respecto al infans; ruptura que marca nuevamente el lugar violento y asimétrico que implicó aquel suceso extremo.

Por otro lado, Käs (1991) enfatiza el lugar central que tiene la violencia del otro en relación al *trauma real*. En este sentido, para el autor la *catástrofe psíquica* se encuentra estrechamente ligada a la *catástrofe social*, entendiéndolo por ella “el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predispuestos en las instituciones sociales y transgeneracionales” (Käs, 1991[1988] p. 144) Es decir, un ataque contra el orden simbólico realizado desde el otro social, que tiene importantísimas consecuencias en el psiquismo y por ende también respecto a alianzas transubjetivas. Quedando por lo demás bloqueados los procesos relativos a la memoria (bajo el modelo de la *represión*), primando aquel fundamento del *pacto denegativo* que tiene que ver con la *denegación* de lo *acontecido*. En este sentido, Käs nos habla de una violencia arrasadora proveniente desde el otro social, ente que debiese garantizar la posibilidad de ser sujeto, pero que paradójicamente, pervierte el lazo social y se convierte en el violentador.

i. La cultura, el malestar y el exceso de la violencia

Como se mencionó, la violencia excesiva y destructora de subjetividad es un punto nodal para poder indagar en torno al *trauma real*, no obstante el problema de la cultura y el malestar (Freud, 1930 [1929]) que ésta implica, develan a su vez la magnitud de la

cuestión de la violencia y su exceso. Problemática, en la que Sigmund Freud se interiorizó.

En este sentido, se ha puntualizado que el entramado cultural requiere de formas de violencia imprescindibles para que éste pueda tener lugar, violencia metaforizada por el asesinato del poderoso padre de la horda primitiva (Freud, 1913 [1912- 13]). Empero, más allá del mito fundacional referido, el problema de la violencia en la cultura tiene total vigencia a la hora de pensar la actualidad, expresión de ello es el reconocimiento de la diferencia que impone la interdicción del incesto y por lo tanto la *represión*.

Sin embargo, el entramado cultural ha implicado un exceso violento, cuya traducción en malestar se ha hecho marcadamente palpable en el siglo precedente. De esta forma, Sigmund Freud (1930 [1929]) analiza el hecho de que inusitados e inmensos avances tecnológicos y científicos no hayan implicado un incremento de la felicidad de las personas, sino que más bien parece haberse puesto en evidencia, que la cultura, y los progresos materiales de la misma, conllevan exigencias culturales que tienen un costo insoslayable. Costo, que encuentra expresión por ejemplo en la ampliación de dificultades para que los *representantes de pulsión* puedan acercarse a la satisfacción.

Empero, Freud nos refiere que las fuentes de sufrimiento para el humano pueden ser variadas, desde el cuerpo propio, al no poder prescindir del dolor y la angustia, el mundo exterior y su avasalladora fuerza, así como desde el vínculo otras personas, no obstante probablemente es esta última fuente la más poderosa para la generación de desdicha (Freud, 1930 [1929]). En este sentido, la violencia y el malestar pareciesen evidenciarse en su dimensión excesiva cuando la cultura, y por ende el otro, se ubica como aquel agresor y transgresor de los logros culturales que parecen sostener la vida en sociedad.

De este modo, las atroces guerras que han marcado el siglo precedente, haciendo énfasis Freud a la Primera Guerra Mundial (Freud, 1915b), implicaron un importante coste cultural, en donde la desilusión por la cultura pareciese inundar la vida en sociedad. Así por ejemplo, resulta inaudible para Freud (1915b) como las naciones que se vanagloriaron de civilizadas y civilizadoras de otras culturas, se permitieron transgredir los acuerdos y normativas que sostienen la civilización. Marcado exceso de violencia, donde pareciese hacerse evidente el fracaso humano, impreso por una violencia que implica la paradoja de

ser un producto cultural que pone en cuestión a la misma cultura, llevando a muchos hombres a hacer los más grandes crímenes, pues en definitiva, las mismas naciones se atribuyeron el derecho de violentar la cultura. Ruptura que pone en evidencia nuevamente la tensión que implica la cultura con diversas mociones pulsionales, y cómo vivir dentro de la cultura para muchos sujetos requiere un gran desgaste, conllevando para estos la caída de los preceptos culturales si el organismo que debiese velar por garantizar la cultura se transforma en el mismo violentador. Violencia inundante que no permite la vida en cultura, sino que pone de manifiesto, en su forma avasalladora, los desbordes a los que la ruptura de los lazos de civilización pueden remitir.

ii. El trauma y el *Fort-Da*

Especial énfasis en esta Memoria implica la indagación de Sigmund Freud en torno a aquel juego emblemático que denominó como *fort da* (Freud, 1920) y que esgrimió para poder indagar los caminos del *trauma real* y por esa vía del *más allá del principio del placer*, aunque con la salvedad de que el mencionado juego se encuentra circunscrito a una dimensión edificante de la subjetividad (y no destructiva).

De este modo, en torno al *fort da*, Freud señala el proceder repetitivo de un pequeño niño, de un año y medio, que lanza lejos de sí los objetos que tiene al alcance, y al hacerlo exclama un prolongado *o-o-o-o*, lo que la madre refiere que significa *fort* (*se fue*). Empero, posteriormente Freud se percata que la actividad se complejiza cuando el niño utiliza un carretel para jugar, pues ahora se sumaba al *o-o-o*, que acompañaba el lanzamiento de los objetos, un posterior tirón del cordel del carretel, de manera que ahora el pequeño, en claro disfrute, exclama *da* (*acá está*) cuando el juguete retorna. De esta manera, se configura un juego que consiste en que algo desaparece y luego vuelve (Freud, 1920).

Al respecto, Freud nos refiere que aquel juego implica un gran logro cultural para el niño, consistente en una forma de poder lidiar con las ausencias de la madre, aunque ahora escenificando las partidas de ésta por medio del juego con el carretel. En este sentido, el niño en su juego adquiere una posición activa ante aquello que dolorosamente vivió en el pasado (la partida de la madre), pudiendo luego gozosamente escenificar el retorno de la misma.

No obstante, el *fort da* plantea un vínculo a lo traumático real, pues implica necesariamente una actividad que va *más allá del principio del placer*. En este sentido, a Freud le llama la atención que sean muchas más las ocasiones displacenteras en que el niño arroja el objeto que aquellas placenteras en que lo trae hacia sí. De este modo, aquella insistencia en escenificar la partida de la madre, vivencia displacentera para el niño, implica un esfuerzo para poder dar ligazón a aquello que en cierta manera es intolerable para éste. Actividad que no es de orden placentero, pero que es imprescindible para que el *principio del placer* se pueda asentar, en tanto se entablan las “vías para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero” (Freud, 1920 p. 20).

Es así, que el *fort da* remite a aquel *más allá del principio del placer*, en que activamente tiene lugar la repetición de lo displacentero. Esfuerzo temprano por ligar lo que se presenta como impresionante, que implica por sobre todo un proceso de subjetivación *traumático edificante*. En este sentido, la presente Memoria nos acerca al *trauma edificante* que plantea el *fort da*, pues, aunque teniendo en consideración las diferencias, implica indagar en torno a una forma de encuentro traumático que es estructurante y movilizador de la subjetividad.

b) Complejidad de lo originario y el lugar del otro en Piera Aulagnier

a. El espacio en donde los procesos psíquicos han de advenir

i. La actividad de metabolización

El encuentro constante con el mundo, con el otro y por ende con la cultura, es lo que caracteriza al ser humano, encuentro que como ya se ha mencionado no tiene incidencias solamente en el registro de lo biológico, sino que también, pondrá en marcha importantes y necesarios procesos psíquicos para la emergencia de la subjetividad. En este sentido, estos encuentros dan lugar a tres tipos de espacios y producciones psíquicas que *metabolizan* con su propio principio la información recibida, a saber “lo originario y la producción pictográfica, lo primario y la representación escénica [la fantasía] y lo secundario y la representación ideica, es decir, la puesta en escena como obra del yo” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p.18). Al respecto, lo *originario*, *primario* y *secundario* son los procesos que constituyen al aparato psíquico y son estos espacios de inscripción y de actividad, lo que permite a Aulagnier plantear esencialmente que “la psique es en todos sus procesos una actividad de representación” (Hornstein, 1991b p. 370), actividad que sería impensable si es que no ocurriese en un cuerpo biológico.

De esta manera, “el origen de la relación psique-cuerpo se encuentra en lo que la primera [psique] toma del modelo de actividad del segundo [cuerpo]” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 17), es decir, la *metabolización* es el “equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica, la función mediante la cual se rechaza un elemento heterogéneo respecto de la estructura celular o transformándolo en un material homogéneo” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.23). Esta actividad psíquica *metabolizadora* conlleva que no sea un cuerpo físico el elemento absorbido y metabolizado, sino un elemento de información que engloba tanto al aporte necesario para el funcionamiento del sistema psíquico como a aquellos retazos de información impuestos a este último. Actividad de imposición y *anticipación*, realizada principalmente por el otro, desde la violencia significativa del otro, un otro con un aparato psíquico ya conformado y con quien el infante vivirá numerosos encuentros (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Así, *el trabajo de metabolización* se edifica como un proceso central para poder aprehender los elementos provenientes del otro, elementos con cualidad particular (con una represión mediante) a los que el infans puede asir; lo que conlleva a Aulagnier a

plantear la existencia de actividad psíquica desde el trabajo del *proceso originario* y no desde la instalación de la represión, diferenciándose así del trabajo de elaboración (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

En este sentido, durante toda la vida dichos encuentros con el otro y su *represión* marcarán el devenir subjetivo del infante, encuentros cuya característica principal será siempre la anticipación del otro (implicando un exceso de excitación), ante las posibilidades de previsión o respuesta del infans. Este estado de encuentro, permitirá que, de acuerdo al postulado o premisa particular de cada proceso psíquico, se manifiesten tres formas de *metabolización* de la información obtenida. *Metabolización* que se traduce en tres modos posibles de representar la realidad, tales como el *pictograma*, perteneciente a lo originario; a la *fantasía*, propio de lo primario; y a una puesta en *sentido*, perteneciente al proceso secundario, formas que no son excluyentes entre sí. Al respecto, para la realización de la Memoria nos centraremos específicamente en el *proceso originario*, como uno de los modos basales de trabajo psíquico, no obstante, también daremos espacio a los demás procesos, pues pensar aisladamente lo originario romperíamos con la idea de un constante devenir subjetivo y actividad de representación planteada por la autora.

ii. De lo originario

El *proceso originario* parece distar de ser un equivalente a un estado biológico puro, sin actividad psíquica, así como también se aleja de la idea de la tábula rasa que pudiese preceder al psiquismo ya constituido (Green, 1997). En este sentido, en lo *originario*, ya hay procesos de trabajo y actividad psíquica, actividad que sólo puede reconocer la cualidad placentera o displacentera de la información obtenida en los encuentros con el mundo, lo que involucra una forma de trabajo psíquico que se caracteriza porque la información que le da sentido al psiquismo es siempre libidinal, es decir, que implique placer o ausencia de éste. Asimismo, el postulado que rige al *proceso originario* es el *autoengendramiento*, esto es, que la propia actividad de representación es la que crea el estado de placer y la que engendra al objeto causante del mismo (Castoriadis-Aulagnier, 1975), lo que conlleva que en la vivencia del infante, él es quién crea el pecho materno satisfactorio.

Tal como fue mencionado anteriormente, para que pueda haber una actividad representacional en el orden del *autoengendramiento*, es necesario un estado de encuentro, encuentro entre la psique y el mundo que implica al cuerpo y psiquismo de la madre así como al propio cuerpo y psique del infante. De este modo, se sitúa como fundamental la actividad sensorial que ofrece el cuerpo, en tanto ésta es la condición de representabilidad de *lo originario* (Castoriadis- Aulagier, 1975). El cuerpo, en los primeros momentos de la vida, es sumamente dependiente de la realidad exterior, específicamente de los aportes libidinales (placer/displacer) del otro. En este sentido, considerando que la única forma de reconocer la experiencia es por medio del placer o displacer, es la sensación corporal la que permite organizar aquel *índice libidinal*. Es decir, el cuerpo por el postulado de *autoengendramiento* puede ser el origen del placer o del displacer experimentado. Esto, se añade además al discurso que el otro nombre acerca de ese cuerpo a modo de *sombra hablada*, aspecto que será indagado posteriormente.

La actividad de representación del *proceso originario* es el *pictograma*, timbre del encuentro inaugural del recién nacido con la madre, experiencia fundacional de placer que condensa sensaciones, ruidos, tactos y olores que dejan su marca en la nascente actividad psíquica, tal como sucede con la *vivencia de satisfacción*. Asimismo, el *pictograma* supone una *espejularidad*, la que implica una equivalencia entre el representante y lo representado, contemplando como una creación propia lo que la psique encuentra en el mundo “como un fragmento de superficie espejular, en la que ella mira su propio reflejo” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.51), descartando de esta manera la diferenciación entre zona y objeto. Así, el trabajo de *lo originario* niega, al representar una totalidad entre el mundo y el infante o más puntualmente entre el niño y la madre, cualquier estímulo que implique reconocer el mundo exterior y cause displacer.

Por esta vía, se alude a un esfuerzo de *lo originario* de mantención de aquel primer estado hipotético en que el organismo formaría una unión cerrada en relación a su entorno (Castoriadis- Aulagier, 1975), siendo lo único representable la *zona-objeto complementaria*, es decir, aquella imagen que une la satisfacción y el objeto, velando la diferencia con el otro y a la vez implicando un acercamiento a la satisfacción de la pulsión (Castoriadis- Aulagnier, 1975).

Considerando lo anterior, el psiquismo en *lo originario* se esforzaría por incorporar aquello que es sentido como placentero y por expulsar lo displacentero (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Aspecto relacionable a lo que Freud concibió como *yo placer purificado*

(Freud, 1915a). Esfuerzo autopoyético, que al lidiar con la compleja mezcla entre tánatos y eros implicaría órdenes importantes de angustia, en la medida que el trabajo de *lo originario*, a pesar de expulsar aquello displacentero, conlleva una primera muestra de riesgo mortal, una primera experiencia de angustia real o terror. Dicho desde otro registro, *lo originario* debe lidiar con el deseo de aniquilación que implica lo displacentero, en tanto dicha experiencia conlleva que el infante no es un todo con el otro (Castoriadis- Aulagnier, 1975), un otro que permite la puesta en marcha de este proceso.

En suma, el *proceso originario* tiene por finalidad *metabolizar* la información, interna o externa, bajo el registro del *índice libidinal* que acompañan a los diversos encuentros. Este proceso se mantendrá durante toda la vida, constituyendo el *fondo de memoria* (Aulagnier, 1991[1989]) que vinculará aquellos encuentros, con sus particulares sensaciones somáticas, con todas las relaciones que se vivenciarán posteriormente.

iii. Lo primario y la fantasía.

En el *proceso originario* existe un velo del mundo exterior debido al postulado de *autoengendramiento*, no obstante esta actividad no puede predominar por siempre, ya que la realidad implica el hecho de que la madre no puede estar del todo para el infante, lo que obliga al niño a reconocer la separación existente entre dos espacios corporales y psíquicos, un “reconocimiento impuesto por la experiencia de la ausencia y del retorno [del otro]” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 73). En este sentido, la mirada y el placer de la madre ineludiblemente se depositará en lugares distintos a los que le concedió el niño, quiebre con el cuerpo del otro que causará el comienzo de la actividad del *proceso primario* (Castoriadis- Aulagnier, 1975). Esto, en tanto dicha separación es el empuje para el reconocimiento de la existencia de un espacio separado del propio así como de un cuerpo otro. No obstante, el *proceso primario* al mismo tiempo reconoce y niega dicha separación, ya que representa dos espacios distintos que empero se encuentran sujetos al *deseo omnímódo* de uno sólo. Al respecto, el postulado que rige el *proceso primario* implica una *interpretación escénica* del mundo en la que todo acontecimiento y todo existente es un efecto del *poder omnímódo del otro* (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

Debido a la necesidad de apropiarse de una primera información acerca de la separación de espacios psíquicos y corporales y sostener el postulado del *deseo omnímódo* del otro, es que surge para el infante la representación “del Otro, agente y

garante del poder omnímmodo del deseo y la representación del propio espacio corporal como separado; como consecuencia de ese deseo” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.74). El placer o displacer que este espacio psíquico pueda experimentar se presentará como efecto del deseo del otro, de un deseo de reunificación o deseo de rechazo. Esta, será la infraestructura del esquema relacional que se exhibirá en toda representación fantaseada y en toda representación del propio fantaseante.

En este sentido, la *fantasía* implica la realización imaginara de deseos para evitar el sufrimiento producido por la ausencia de la madre (Castoriadis- Aulagnier, 1975). En esta línea, la *fantasía* es una primera aceptación y un primer juicio de la presencia de un espacio exterior, incipiente participación del *principio de realidad*, causante de la heterogeneidad entre los contenidos pictográficos, regulados por el placer y el displacer, y las posteriores producciones fantaseadas. Este modelo es designado por la autora como *engrama pictográfico*, en tanto permite que el modelo somático de incorporar o rechazar fuera de sí, predominante en *lo originario*, proporcione a lo *primario* “un material que éste metabolizará para que pueda representar la relación existente entre él y el cuerpo materno, entre el padre y la madre, entre él y la pareja paterna” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 76). De esta manera, la *fantasía* permite que el infans se apropie de aquellos espacios extraterritoriales, los reproduzca y pueda metabolizarlos, considerando siempre la realización del deseo del otro, teniendo así “la certeza de adecuarse a lo que el Otro desea” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 76) para que el infante pueda ignorar que es él quien proyecta la fantasía en la escena. Esto permite ingresar *la mirada* en la *fantasía*, lo que posibilita el ingreso de un tercero en lo que en el *proceso originario* se vivenció como una relación dual entre el infans y el pecho (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

El *proceso primario* es la modalidad de funcionamiento de la psique en la cual se impone, por la inevitable acometida de la realidad, una diferencia entre dos cuerpos, pero principalmente, entre dos espacios psíquicos. No obstante, aún en este proceso las funciones parentales, *deseo omnímmodo del otro* sostenedor de la *fantasía*, serán el único certificado de un campo de convicciones y producciones inamovibles y que brindarán certeza y sostén al psiquismo en constitución (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

iv. Lo secundario y el yo

A pesar de que en *lo primario* ya se esgrimen una serie de diferenciaciones necesarias para la constitución del aparato psíquico, para que el yo pueda advenir se requiere de un quiebre de aquel deseo omnipotente del otro parental. El *proceso secundario* implica la salida del mundo familiar al encuentro con el mundo social, lo que conlleva a una mayor complejidad psíquica para poder interactuar e intercambiar representaciones. La actividad que representa al *proceso secundario* es la representación *ideica* o el *enunciado*, es decir, la capacidad de poder nombrar imágenes y afectos (Castoriadis-Aulagnier, 1975) conquistando la capacidad de pensamiento y el acceso al lenguaje. En este sentido, las vivencias que son representadas en *lo originario* y en *lo primario* van a tener que ser nombradas, designadas e interpretadas por el *proceso secundario*, y de esa manera el afecto se convertirá en un sentimiento. La autora señala que la entrada al lenguaje implica modificaciones decisivas en la dimensión tópica del psiquismo, en tanto este *espacio es la sede principal de la actividad del yo*, y en el nivel dinámico, en la medida que el yo estará en un constante *proceso identificador*, condenado a invertir.

De este modo, el postulado que rige al *proceso secundario* es que todo lo existente en el mundo tiene una causa perceptible e inteligible, que el discurso, es decir la palabra, podría llegar a conocer (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Por lo tanto, el ejercicio del pensar, se hace sumamente importante en el *proceso secundario*, especialmente el pensar y reflexionar sobre sí mismo. De esta forma, el yo en estos momentos puede reflexionarse por medio de ciertos rasgos permanentes, que le permiten re-conocerse en medio de las numerosas identificaciones y consecuentes cambios que advendrán. Estos trabajos del psiquismo, la autora los denomina como los dos principios del funcionamiento identificador del yo, *principio de permanencia* el primero y *principio de cambio* el segundo (Aulagnier, 1991[1984]) En así, que este yo, condenado a invertir, establecerá una alianza entre aquello que permanece y aquello que cambia de sus identificaciones. Esta movilidad, es lo que permite al yo, con su bagaje histórico de encuentros y relaciones, establecer cierta continuidad consigo mismo, con la finalidad de poder moverse en lo social, interactuar, pensar, y sobretodo, representar y representarse los diversos acontecimientos de la vida cotidiana que acaecerán.

A partir de lo referido, Aulagnier sitúa el constructo de *proyecto identificador* como

“la autoconstrucción continúa del Yo por el Yo, necesaria para que esta instancia pueda proyectarse en un movimiento temporal, proyección de lo que depende la propia existencia del yo” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.167) siendo una instancia que comienza a ser construida por el otro y cuyo final debe ser construido por el propio sujeto (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Así, la autora introduce la variable temporal e histórica en los movimientos identificatorios del yo, en donde el yo puede abrirse un acceso a lo que vendrá, si es capaz de proyectar sobre sí el encuentro con lo que fue su pasado (Rother de Hornstein, 1991a).

De esta forma, para la construcción del yo se entrelaza el tiempo, el espacio y la historia, teniendo siempre como referencia su propia imagen, pero también los enunciados que son brindadas por el otro. Otro, que se anticipa mediante su discurso, implicando que la verdad de los enunciados del yo, sea siempre a partir de un incesante encuentro con el otro.

De esta manera, mediante la construcción del aparato psíquico, el sujeto puede ir complejizando la actividad del mismo en la medida que se va insertando en lo social, o mejor dicho, mientras va teniendo sucesivos encuentros con el otro o aquellos otros que lo rodean, otros que lo anticipan necesariamente en los encuentros y ponen en marcha la actividad del psiquismo. Pero, a pesar de la importantísima llegada al *proceso secundario* y al espacio donde el yo advendrá, son las huellas y registros de *lo originario*, las huellas inscritas por ese otro del placer o displacer, lo que permitirá la posterior relación con los objetos del mundo. Estas huellas son la matriz relacional del *fondo de memoria*, es decir, aquella tela de fondo que contiene las composiciones biográficas de sus relaciones con los objetos del pasado, lo permitirá que el yo se reconozca en los sucesivos encuentros que advendrán (Aulagnier, 1991[1984]).

v. Del encuentro originario, el encuentro pecho-boca

Dentro de la metapsicología desarrollada por Piera Aulagnier, el encuentro entre la boca y el pecho se plantea como una actividad fundamental e inaugural para la constitución del psiquismo, esto, a pesar de reconocer que este encuentro es posterior a un primer grito del infante, cuya representación se mantiene como un enigma para el sujeto (Castoriadis-Aulagnier, 1975). El encuentro boca-pecho es entre un órgano sensorial y un objeto exterior, es decir, entre un infans con necesidad y un otro que puede brindar satisfacción. Tal como señala Freud

(1900 [1901]) respecto a la *vivencia de satisfacción*, la autora plantea la situación de amamantar como crucial para el devenir subjetivo. No obstante, Aulagnier releva sustancialmente la figura del otro, en tanto es el otro materno el que se anticipa al llanto del infante y calma sus exigencias brindándole su pecho, planteando como impensable este acto sin la presencia de otro. Por esta vía, la psique materna cumple una función de *prótesis* de la psique del infante, dispensando por medio del amamantamiento el placer erógeno vital para el funcionamiento psíquico, en tanto se considera a esta función “comparable a la del pecho, en cuanto extensión del cuerpo propio, debido a que se trata de un objeto cuya unión con la boca es una necesidad vital” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 38).

Asimismo, aquel encuentro implica una anticipación por parte del otro que impulsa el acceso a la cultura, en la medida que el pecho es el que espera a la boca, o en otras palabras, la oferta es dada antes que la demanda del infans (Aulagnier, 1994 [1986]). De este modo, que la madre brinde el pecho ante el bebé, implica que ésta realiza un don necesario para la vida del infante, que conlleva conjuntamente una satisfacción para el cuerpo del pequeño niño y una experiencia de placer para la psique del infans (Castoriadis- Aulagnier, 1975). Descubrimientos que complejizan y se diferencian del apuntalamiento referido por Freud (1905), pues el anticipo marca un *préstamo* activo de parte del otro materno para la psique del infante.

Préstamo, que como se refirió, abarca mucho más que el mero silenciamiento de la necesidad y del llanto. Por un lado, el ofrecimiento del pecho se acompañará con las *formas culturales*³ que instituyen a la lactancia, puntualmente aludirá al deseo materno por el infans, a lo que de ese deseo puede manifestarse a nivel consciente en la madre, así como a lo que el discurso cultural propone como adecuado a la función materna, en tanto que el “aporte alimenticio se acompaña siempre con la absorción de un alimento psíquico que la madre interpretará como absorción de una oferta de sentido” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.39).

Teniendo en cuenta el marcateje cultural que el encuentro entre el pecho materno y la boca del bebé implican, el ofrecimiento del pecho involucrará un contacto corpóreo y

³ Piera Aulagnier refiere que la existencia de la cultura en lo social es posible en la medida que exista la prohibición del incesto. En este sentido, la relación de amamantamiento entre la madre y el hijo se encuentra mediada por la represión de la madre, para que dicha actividad alimenticia pero a la vez erótica, tenga lugar dentro de la cultura. Es así, que la crianza y el modo de amamantamiento desplegado por la madre tiene ciertas pautas específicas (lo permitido y lo prohibido en la relación) dependiendo de las formas culturales o el marco social del medio en que la relación madre-hijo se desarrolle (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

experiencial mayor al pecho y a la correlativa lactancia, aspecto que se verá reflejado por ejemplo en que al bebé al momento del amamantamiento se lo toma en brazos, lo que implica el roce con un cuerpo que le provee de caricias, olores y movimientos (Rodulfo, 2012 [1999]), puntualizaciones que son también expresiones de la inserción del infante a la cultura. De este modo, la presentación del pecho por parte del otro, conlleva un ofrecimiento materno que implica la manipulación del cuerpo del bebé, cuidados que conllevarán que el infante pueda vivenciar su cuerpo por medio de la manipulación de un tercero y que ineludiblemente irán acompañados de un sostén por parte del otro materno, sostenimiento que implicará brindar calma a las exigencias primeras y desbordantes del infante (Winnicott, 1971). De este modo, el encuentro pecho-boca, implicaría la unión de la satisfacción a la zona en que ésta se satisface, es decir adquiere el carácter de *imagen de objeto- zona complementaria* (Castoriadis- Aulagnier, 1975), organizadas en el *pictograma*. Sin embargo, el encuentro pecho-infante marca a su vez una primera diferenciación respecto al otro materno en la medida que el displacer que generará la ausencia del objeto implica una experiencia que es sentida paradójicamente como inadecuación de la propia *zona objeto complementaria* (Castoriadis- Aulagnier, 1975). Pero a su vez, en la medida que dicho displacer es imposible de apaciguar bajo la sola forma de la alucinación, implicará que se comience a esgrimir en el psiquismo la actividad del pensar.

b. Del trauma, la violencia primaria y la violencia secundaria

Teniendo en consideración la constitución del aparato psíquico y la importancia que tiene el otro en su construcción, en tanto es parte fundamental de aquellos encuentros fundantes, se hace imprescindible reflexionar en torno a aquel lugar de anticipación del otro, lugar violento y necesario. En base a lo expresado, el lugar desigual que este otro tiene en esta constitución, en tanto es el que anticipa y se instala en un lugar de poder ante el infans, nos lleva a pensar en torno a la violencia de este acto, violencia necesaria y edificante para la subjetividad, que desde Piera Aulagnier, es designada como *violencia primaria*.

i. De la violencia y su exceso

Bajo el entendido de que el *trauma real* implica un acto de fuerza en que un sujeto se ve impactado y violentado por un otro, las consideraciones de Piera Aulagnier (1975) relativas a la *violencia primaria* y *secundaria* resultan sumamente relevantes para reflexionar en torno al vínculo asimétrico que el *trauma real* conlleva y que incluso el trauma edificante, constitutivo de subjetividad, implicaría.

En este sentido, una de las relaciones más representativas de la asimetría constitutiva del trauma es la relación del otro con el infans en el *proceso originario*; en donde el papel del otro y su trabajo violento toman bastante importancia en la estructuración psíquica. Esto, en la medida en que el otro parental toma como función primordial la anticipación significativa ante el infans (Castoriadis- Aulagnier, 1975). En este sentido, la autora introduce la noción de *violencia primaria*, es decir,

“...la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoya en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p. 36).

De esta manera, Aulagnier alude al accionar interpretativo de un otro hacia la psiquis del infans, que se traduce en una anticipación significativa y necesaria del otro parental, cuyo agente es el *deseo heterogéneo* de la madre (o quien ocupe ese lugar) de ser ofrecimiento constante para el infans y de ser reconocida por éste como la exclusiva imagen dispensadora de amor (Castoriadis- Aulagnier, 1975). En este sentido, dicho accionar de la *violencia primaria*, inscribe e imprime una demanda al infans a partir del deseo del otro de que el niño demande, aquello que el otro puede otorgar (Aulagnier, 1994 [1986]). Así, el infante demanda aquello que la madre demandó que demandará, identificando su deseo al deseo de la madre, “la madre desea y el *infans* demanda” (Aulagnier, 1994 [1986] p.179), demandando sólo lo que la madre dentro de sus posibilidades puede ofertarle. Esta relación, involucra la alienación del infante al deseo de la madre, y por lo tanto permite el posicionamiento de ésta en un lugar de poder ante ese otro en situación de desamparo. Lugar de poder, en donde solamente ella puede decidir qué ofertará al niño para que éste demande o qué demanda del infante satisfará. Sin

embargo, cabe señalar que para el niño la interpretación materna, aunque violenta, es sumamente importante y necesaria para la gestación de su subjetividad.

De esta forma, la *violencia primaria* cumple un rol esencial en tanto permite la sobrevivencia en los primeros momentos de la vida, al cubrir mucho más que necesidades biológicas, como el hambre o el frío, sino que también y por sobre todo, anticipándose a las necesidades psíquicas, que para el infante son imposibles de satisfacer por sí mismo. De esta manera, este accionar violento pero necesario, que habla del marcaje del otro parental, es el que permite que el infans pueda aprehender su propio deseo, en la medida que se impone una demanda donde sólo podría haber necesidad, poniéndose así, los trabajos del psiquismo en marcha (Aulagnier, 1994 [1986]).

Sin embargo, hay un frágil intervalo entre lo necesario y el abuso de la violencia. Pareciera ser que el riesgo del exceso es cercano en la relación asimétrica establecida por el infans y el otro parental. Otro, cuyo exceso podría llegar a perjudicar al psiquismo al ejercer una violencia abrumadora para el funcionamiento del psiquismo, lo que nos remite a la noción de *violencia secundaria*, en donde la balanza entre lo necesario y el abuso adquiere más peso en relación al accionar avasallante. Es en esta dialéctica conflictiva que se juega el problema del poder del otro, que siempre remite a su saber y que tendrá consecuencias catastróficas para el *proyecto identificador*. Como señala la autora en la metáfora de la mariposa atrapada por alfileres (Aulagnier, 1991[1989]), esto sería lo que ocurriría con el psiquismo, una total devastación subjetiva, al acontecer la *violencia secundaria*, pues anula toda posibilidad de movimiento psíquico.

Esto implica la anulación del infans en tanto sujeto, obstaculizando la capacidad de éste de desear y conllevando que la premisa del otro *que nada cambie* se mantenga como finalidad principal en este proceso (Castoriadis- Aulagier, 1975). En otras palabras,

“el deseo de preservar el *status quo* de esta primera relación o, si se prefiere, deseo de preservar aquello que durante una fase de la existencia (*y sólo durante una fase*⁴) es legítimo y necesario” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p. 133).

⁴ La cursiva es nuestra, para enfatizar la necesidad de la violencia primaria en la construcción subjetiva, violencia que no obstante, debe tener sus límites.

En definitiva, el otro parental en su violencia abrumadora, instalado en su deseo de no cambio, ejerce un poder que priva al infante de su derecho de ser autónomo, particularmente prohibiéndole un pensamiento propio. De esta manera, a diferencia de la *violencia primaria*, que permite mediante la anticipación necesaria construir subjetividad, la *violencia secundaria* remite a un ejercicio del poder por parte del otro de índole destructivo, negador de la inevitable diferencia que el encuentro entre subjetividades implica.

Así, a pesar del evidente contraste entre la *violencia primaria*, acción necesaria y constructiva para la subjetividad mediante una imposición “desde el exterior a expensas de una primera violación de un espacio” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.34) pero que reconoce la presencia de un sujeto diverso, y la *violencia secundaria*, que impone un status quo sin considerar a quien le es impuesto este estado, anulando su subjetividad; en ambas actividades es posible establecer que existe una desigualdad de poder entre el que violenta y aquel que es violentado por el otro. Aunque, sin olvidar que la condición específica de la diferencia entre la *violencia primaria* y la *violencia secundaria*, subyace en la capacidad que tiene el otro de poder reconocer al infante como un sujeto diferente (Castoriadis-Aulagnier, 1975).

c. Acerca del mundo, el otro y la anticipación

Teniendo claro qué es lo que la autora establece por procesos psíquicos y la función de la violencia en la construcción del psiquismo, se hace necesario indagar en el lazo que establecen los principales agentes de aquel encuentro.

Desde Piera Aulagnier, es preciso apuntar que la consideración de la psiquis del infante y el mundo, implica concebir que estos “se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro (...) coextenso al estado de existencia” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p. 30). Lo que implica a su vez que aquel mundo híperintenso, del que hemos hablado, es mucho más que el exterior físico al infante, rebotante en estímulos de diferente índole, como el aire, la humedad, entre otros, pues por sobretodo remite a aquel otro parental que en definitiva es representante de la cultura.

i. El otro materno y el lugar de la castración

Es principalmente el otro parental quien ocupa el lugar de mundo para el infante. Particularmente el medio familiar será para el infans en los primeros momentos metonimia del todo, es decir aquel fragmento del entramado social se convertirá para el infans en equivalente y reflejo de la totalidad cultural (Castoriadis- Aulagnier, 1975). En este sentido, es el otro materno quien fundamentalmente ocupa aquel lugar de mundo para el infans, madre (o quien ocupe ese lugar) que se constituye como *yo auxiliar* de aquel infante que necesita del otro para habitar el mundo (Freud, 1926 [1925]; Cabrera, 2012).

Puntualmente, al caracterizar a la madre que se encontraría con el infans, en términos ideales, ésta implicaría un sujeto con un sentimiento amoroso hacia el infante, además de sentimientos positivos por el padre del niño, y especialmente como un aspecto central, la madre debe contar con una *represión* exitosamente instalada. Es decir, el concebir a la madre como individuo castrado y sujeta a la ley, conlleva a pensar que estará de acuerdo con lo que el discurso social del lugar al que ella pertenece señale respecto a la función materna, considerando que ella no es omnipotente y que tiene que regirse ante ciertos ideales de la cultura (Castoriadis- Aulagnier, 1975; Freud, 1926). Esto implica que los materiales o la información que es incorporada por el infans en *lo originario* y *lo primario* han sufrido una primera transformación, otorgada por el *proceso secundario* de la madre, por lo que la psique del infans toma en sí objetos ya impresos con el *principio de realidad* que el *proceso originario* metabolizará según el *principio del placer*. De esa forma, el “alucinar el pecho es alucinar lo que el pecho representa para la madre [encontrando una] realidad que es humana por estar investida por la libido materna” (Hornstein, 1991a p.44)

Las puntualizaciones referidas por la autora, un tanto optimistas y quizás en exceso ideales, se complementan al pensar al otro materno como un sujeto en conflicto, atravesado por la *represión*, y por ende claro está, marcado por su propio inconsciente, por lo que “no es posible considerar a ese material originado en el discurso de la madre como puro y exclusivo efecto de lo secundario, libre de todas las huellas de su propio pasado” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p. 117-118). De esta manera, la madre aunque se encuentre atravesada por el timbre de la *represión*, en aquel encuentro con el infante, los enunciados inconsciente maternos aún tienen lugar (Laplanche, 1987). Así, en aquellas escenas originarias, siempre el *partenaire* del infante debe ser un adulto, un otro que

mediante la relación con el infante seducirá al niño por medio de sus cuidados y contacto corporal, “pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales y acaso hasta los despertó por vez primera” (Freud, 1933 [1932] p. 112), por lo tanto es la madre la que incurre en aquella anticipación seductora, lo que implica que necesariamente se expresen elementos de su inconsciente en aquel encuentro.

No obstante, este encuentro no es más que una contingencia inscrita en la historia humana y la biología de que son los otros adultos quienes crían e imponen cierta pauta a los niños. El problema, radica en la capacidad o incapacidad del infante de dar sentido a aquellos cuidados, cuidados entendidos como enunciados del inconsciente; *significantes enigmáticos* provenientes del mundo adulto, imposibles de metabolizar para el infans en constitución. Así, el adulto propone mediante los *significantes enigmáticos*, “significantes no verbales tanto como verbales, incluso comportamentales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes” (Laplanche, 1987 p. 128); es decir el infante recibirá contenidos inconscientes de aquel otro aunque éste se encuentre enmarcado en el trabajo de la *represión* (Castoriadis- Aulagier, 1975). Estos mensajes libidinales, se escapan incluso de la misma madre por el hecho de ser producto de su inconsciente, siendo el eje traumático y sexualizante del mensaje “un sentido por sí mismo ignorado” (Bleichmar, 1992). Dichos *significantes enigmáticos*, no pueden ser aprehendidos por el incipiente aparato psíquico del infante ya que éste aún no cuenta con los medios suficientes para ser capaz de metabolizarlos.

De esta forma, se hace posible pensar que aquellos deseos inconscientes, marcados igualmente por la *represión*, recorren diversos caminos al momento del encuentro con el infans, como por ejemplo el camino de la *seducción originaria* (Laplanche, 1987), bañada por el contacto corporal y la (im)posibilidad de incesto. Así también, en el deseo inconsciente de la madre, coexiste un deseo de muerte y, por lo tanto un *sentimiento de culpa*, por aquel hijo que inviste en este encuentro. De este modo, para la madre “la inevitable ambivalencia que suscita ese objeto, que ocupa en esta escena el lugar de un objeto perdido” (Castoriadis- Aulagier, 1975 p. 119), hace surgir diversos deseos que a pesar de la *represión* y el *trabajo secundario* de su psiquismo marcan la incipiente relación madre- infans.

ii. El otro paterno

Se ha referido que el mundo para el infans remite fundamentalmente al otro parental, teniendo en los primeros tiempos el otro materno un lugar primordial en aquel anticipo fundante que posibilita el ingreso del infans a la cultura. Sin embargo, el otro parental también remite al lugar del padre en tanto mundo para el infans, lugar que dista de ser equivalente al de la madre o a quien ocupe ese lugar.

En este sentido, “lo que aparece inicialmente ante la mirada del *infans* y se ofrece a su libido es el «Otro sin pecho» que puede ser fuente de un placer y, en general, fuente de afecto.” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p. 152). Encuentro con el padre, que a diferencia de aquel que acontece con la madre, no se suscita a propósito de la necesidad, lo que implica que el *narcisismo* del padre proyectado en su hijo se sustente con más énfasis que el de la madre en valores culturales. En este sentido, el padre es el primer representante de la cultura, lugar que debe ser validado por la madre para poder tener lugar en el entramado familiar. De esta manera, el infans mira al padre para poder entender lo que es ser padre en la cultura, mirada recibida por el progenitor que sostiene la transmisión de un cierto modo de funcionamiento psíquico circunscrito y ligado a lo cultural de la parentalidad. Así se establece que el lazo padre-hijo es fundado desde un inicio en el plano simbólico, consideración que se basa en que la incertidumbre por el rol procreador es siempre posible, y en que la paternidad es designada en torno a la ley propia de cada cultura (Castoriadis- Aulagnier, 1975).

De este modo, el niño para el padre alude a un deseo de este último que implica situar al hijo como sucesor de su función, lo que conlleva la posibilidad de transmisión cultural. En este sentido, el hijo para el padre es expresión de que su propio padre no lo ha castrado ni odiado, lo que implica reconocerse como sucesor y por ende abrir la posibilidad de que otro devenga también en ese lugar (Castoriadis- Aulagnier, 1975).

Por otra parte, el padre en tanto primer representante de los otros, en la medida que remite necesariamente al orden de lo simbólico, encarna ante el infans lo exterior y por esa vía un primer registro de ley que hace del displacer algo ineludible, evidenciando desde temprano el lugar de falta en que el niño se encuentra (Castoriadis- Aulagnier, 1975). Sin embargo, es propio del *encuentro originario*, que el infans halle las razones de existencia de aquel otro externo en el ámbito de la madre, en la medida que buscará a ese otro como fragmento de la figura materna. Esto implica una relación inversa a aquella

que tomará más fuerza en el Edipo, es decir inversa a aquella en que el padre será a quien se referirá la madre para validar la legalidad de su actuar, y que derivará en que se consolide el lugar del otro paterno como objeto a seducir y a la vez como objeto del odio del infans (Castoriadis-Aulagnier, 1975). De este modo, el padre en *lo originario*, fuente de placer y afecto, es representado bajo el esfuerzo *pictográfico* negador de la diferencia del mundo y el infans, tarea aún más ardua que en el caso del otro materno, en tanto el padre, como se refirió, marca tempranamente un tercer lugar y por esa vía la iniciática paradoja de que se esboce desde ya como objeto de odio, en tanto éste es expresión de la imposibilidad de la indiferenciación con el otro materno.

En síntesis, el padre como agente que tiene lugar en aquel encuentro fundante, remite a un tercer lugar que delinea desde *lo originario* el plano simbólico. Empero, a pesar de implicar un lugar exterior para el infans, será representado originariamente como parte de aquel todo para el infans que remite al otro materno, denotando por esta vía lo paradójico de aquel mundo otro que se anticipa a nivel significante.

iii. La anticipación del portavoz y la sombra hablada

“Todo sujeto nace en un «espacio hablante»” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p.112), un *hábitat* conformado por el discurso familiar y por el deseo de la pareja paterna por aquel recién nacido. En este sentido, aquel espacio toma su forma a partir del *anhelo* parental hacia el que acaba de nacer, lugar que contiene aquello que se espera del infans dentro del entramado familiar. Este espacio, está constituido y materializado principalmente por el discurso del otro, discurso materno operado por el *portavoz*, cuyos enunciados otorgan sentido a los objetos *metabolizados* por el infans a través del discurso materno. Así también, el *portavoz* no sólo inscribe la cultura en el infante, sino que también nombra y traduce aquellos movimientos del niño a enunciados culturales, siendo éste “llevado por un discurso que, en forma sucesiva, comenta, predice, acuna al conjunto de sus manifestaciones” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p.113), cumpliendo la madre de esta manera, un rol de doble representante y traductor, de la cultura y del bebé.

En tanto el *portavoz* es delegado de la cultura, los enunciados ofrecidos al psiquismo infantil deben tener la marca del proceso que permite que haya cultura (Freud, 1913 [1912-13]). Es decir, la materialidad de discurso del *portavoz* tiene que tener el timbre de la *represión*, marca que inscribe en el *proceso originario* del infante la castración materna, permitiendo la intromisión del *proceso secundario* de ésta en el psiquismo

infantil. La condición de la *represión* en el *portavoz*, implica asumir para la madre que para investir el pensamiento del niño, anticiparse a éste, debe aceptar el hecho de que el infante es una alteridad en relación a ella. De esta forma, aquellos objetos enunciados por el *portavoz*, fragmentos del mundo, son presentados por la madre al infans “conforme a la interpretación que la represión le impone al trabajo de la psique materna” (Castoriadis-Aulagier, 1975 p.116), lo que hace posible que la madre reconozca el incipiente trabajo de pensamiento que realiza el infans.

De esta manera, en su tarea de *prótesis psíquica*, la madre despliega un saber anticipado a aquello que acaece al niño, saber marcado por la *represión* y por lo tanto por los enunciados culturales. De este modo, aquel anticipo, que es *violencia primaria*, implica un entramado significativo que hace al infans hablado y fantaseado incluso antes del nacimiento. En este sentido, “hay un discurso preexistente que le concierne: espacio de *sombra hablada*, y supuesta por la madre hablante” (Castoriadis- Aulagnier, 1975 p. 117), sombra que versa sobre el cuerpo del infans a modo de una proyección, la cual ocupará el lugar de aquel a quien los enunciados del *portavoz* se dirigirán. Por lo tanto, desde la lógica de la *demanda*, la madre le demandará a este cuerpo que exija cuidado y atención, para que conforme a sus enunciados maternos, la *sombra* confirme su identidad en el cuerpo del infans.

De esta forma, considerando la imposición parental y al no disponer el infans⁵ de la utilización de la palabra, la *sombra hablada* se mantiene durante cierto tiempo inmutable y al resguardo de toda contradicción, confirmando el deseo materno materializado como proyección en el cuerpo. Sin embargo, aún está la posibilidad de que la contradicción persista, lo que en base a las condiciones anteriormente dichas puede tan sólo manifestarla el cuerpo. Por ello, entre el cuerpo y la sombra todavía persiste la posibilidad de la diferencia, cuyo ejemplo más evidente es quizás la diferencia real que marca un cuerpo masculino o femenino ante una sombra que se ha anticipado al cuerpo físico, con un anhelo que tal vez no se corresponda al órgano sexual del que ha nacido (Castoriadis- Aulagier, 1975).

⁵ Derivado del griego *phèmi* ("yo hablo "), el termino en latín *infans*, significa “aquel incapaz de hablar” (o mejor dicho, no habla aún), y se refiere al bebé antes de la adquisición del lenguaje que marca la entrada a la niñez (Corominas, 1980 p. 29).

En este sentido, a pesar de aquella posibilidad de contradicción, el ejercicio de la *sombra hablada* remite a la *anticipación*, material significativa de parte de la madre cuyas huellas son incluso anteriores al nacimiento, lo que refleja claramente el ejercicio de la *violencia primaria*, aludiendo a aquellos enunciados parentales impuestos sobre el niño, el cual es hablado y marcado en aquella *anticipación* del otro. Violencia necesaria que implica que aquel infante que acaba de nacer, no podría habitar ni investir un cuerpo sin la anticipación materna, en tanto el ideal construido y mantenido en espera en la psique materna da el espacio para que aquel cuerpo tenga lugar (Aulagnier, 1991[1986]).

De esta manera, retornando al acto del nacimiento ahora cabe relevar que a pesar de considerar la importancia de éste como acto inaugural del encuentro físico del infante con el mundo, para la psique del otro el *infans* ya posee ciertas características que le son atribuidas, que remiten a qué es lo que deseará y cómo devendrá en el mundo aquel sujeto que ha nacido. De este modo, ya ostenta un lugar dentro del entramado psíquico familiar, con ideas y deseos que se proyectan en su cuerpo a partir del medio social del que ellos forman parte. En este sentido, no sólo habrá una sombra que espera al niño al momento de nacer, sino que también se dispondrá un modo particular de cómo los padres catectizarán al infante al llegar al mundo, y esto es el *contrato narcisista* (Castoriadis-Aulagnier, 1975). El *contrato narcisista* incluye no sólo la investidura parental por aquel hijo que ha de advenir, sino que también la función que cumple el registro sociocultural en la catectización del infante. De esta forma, el conjunto de instituciones que acompaña la inserción del sujeto a la cultura, asiste con su discurso a los enunciados parentales afirmando su justificación y su necesidad, enmarcando un discurso ideológico (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.159) que delimita lo que los padres podrán esperar y desear de su hijo. Así, el *contrato narcisista* entre los padres y el infante, lleva siempre la huella de la relación que sus padres mantienen con el medio social en el que habitan, discurso social que es proyectado sobre el *infans* de la misma manera que la anticipación que caracteriza al discurso parental. De este modo, “el grupo habrá precatectizado el lugar que se supondrá que ocupará [el recién nacido], con la esperanza de que él transmita idénticamente el modelo sociocultural” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.159) en que él nació.

iv. El rebote de la imagen en el otro, lectura del estadio del espejo.

Como ya se ha revisado anteriormente, la *anticipación* parece ser una particularidad esencial relativa a la llegada del sujeto al mundo y a su relación y encuentro con el otro, presentándose ésta incluso antes del nacimiento con la *sombra hablada* y el *portavoz*. No obstante, esta característica central del encuentro del infans con el mundo no sólo se vivencia en el registro de la espera por aquel sujeto que advendrá, sino que también está presente en la constante relación que mantendrá el niño con el otro que lo recibirá en el mundo. Un otro que lo cobijará de diversas maneras al llegar al mundo, sea desde lo corporal como el nacimiento, o desde lo psíquico, como en la *sombra hablada* y el *mito familiar* (Rodulfo & Rodulfo, 1986). También, el infans se encontrará con aquel otro a partir de la mirada que este último le brinda durante la relación que mantienen en el *proceso originario* (y los procesos ulteriores); una mirada a su cuerpo que estará marcada principalmente por la anticipación. De acuerdo al postulado de Aulagnier (1975), desde el origen de la actividad psíquica se comprueba la presencia de *fenómenos de especularización*, los cuales implican que para la psique del infans el mundo es un fragmento de superficie especular en donde puede mirar su propio reflejo. En este sentido, si el infans se ve reflejado en el mundo y consideramos que en *lo originario* el mundo está circunscrito principalmente al otro, es posible pensar que en lo que el infans puede verse reflejado es en la mirada del otro. Esto, en tanto que el sí mismo del infans puede reconocerse como tal por “la actividad y el poder que han engendrado el fragmento de lo «exterior a sí» que constituye la especularización” (Castoriadis-Aulagnier, 1975 p.51), es decir, por la actividad de la mirada del otro.

De esta manera, la importancia de la mirada inscriptora del otro, se denota especialmente al considerar que éste es el primer lugar en que el infans se logra ver y reconocer (Castoriadis-Aulagnier, 1975), o desde claves más específicas, el infans se mira en el rostro de la madre (Winnicott, 1971). Rostro, cuya condición de espejo sostiene psíquicamente al sujeto ante su desvalimiento biológico. Esta función de sostén, físico pero a la vez metafórico (Rodulfo & Rodulfo, 1986), es la principal condición y requisito para que el infante se constituya como sujeto, al ser el lugar que brinda unificación donde al infante era pura fragmentación. En este sentido, el *estadio del espejo* (Lacan, 1949)

plantea que el acto del bebé de re-conocer⁶ su imagen frente al espejo evidenciaría cierta precipitación del infans en la aceptación de esta imagen unificada brindada por el rebote de la imagen. Esto ocurriría en un momento (6 a 18 meses) en donde el sujeto presenta una patente descoordinación motriz, lo que se traduciría en una falta de unificación corporal y fragmentación, por lo que aquella imagen es aceptada jubilosamente por el infans (Lacan, 1949). A pesar de esto, este suceso se hace posible solamente en la medida que el otro parental, que observa esta acción y cumple la función de rebote de la imagen, sanciona esta experiencia en la medida que mientras sostiene en sus brazos al infans frente al espejo le señala - *ese eres tú*-. Esta acción del otro, en tanto mirada y anticipación significativa, conlleva a una *identificación* del infans a aquella imagen, la cual implica una transformación importante para el infans, produciéndose por esta conjunción una *imago*. Es decir, en aquella *identificación* se juega el poder llegar a una etapa final cuyo proceso se lleva a cabo en varias fases⁷, etapa que permite que el infans se reconozca como un ser humano total, diferenciado de aquel otro que le adjudicó la imagen. En este sentido, el bebé nunca más volverá a ser el mismo, la imagen del espejo sostenida por el enunciado del otro, lo unifica posibilitando que el bebé pueda reconocerse en aquel reflejo.

El *estadio del espejo* es “un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación” (Lacan, 1949 p. 102), que instala en el infans fantasías que acaecen desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma total, la cual permitirá que el niño sea a través de la alienación a aquella imagen, imagen más constituyente que constituida. Así, la función principal del *estadio del espejo*, del *imago* adquirido, es establecer una relación del organismo con la realidad, una realidad que es conocida a través del otro. De esta manera, en aquel encuentro entre el infans y el espejo, se encuentra un otro que se anticipa y permite que se instale una identidad en el niño, una supuesta unidad, un *yo*.

⁶ Re-conocer, es separado debido a que la primera mirada el infans tan sólo *conocería* y que posteriormente gracias al auxilio del otro, podría llegar a reconocerse en aquella imagen.

⁷ Generalmente, el término *imago* se utiliza en el campo de la biología para el proceso de desarrollo de la mariposa, pasando desde huevo, larva, a un *imago* final, el cual implica la posibilidad de poder reconocerla como mariposa.

c) Intercambios

Durante la presente Memoria, se ha realizado una revisión en torno a diferentes aportes que permiten indagar en relación a la problemática del encuentro, *lo originario* y la violencia estructurante; revisiones realizadas fundamentalmente en torno al trabajo teórico de Sigmund Freud y Piera Aulagnier. Sin embargo, es necesario un posterior paso para permitir un diálogo constructivo entre los elementos teóricos de los psicoanalistas mencionados así como para poder trabajar la problemática central de un modo más propio para los autores de esta Memoria. Intercambios que permitirán explorar con mayor detención aquella violencia necesaria que permite la subjetivación.

a. La violencia edificante y el trauma originario

La constitución subjetiva es un proceso que tiene lugar en tanto hay un otro, por lo tanto, para poder pensar cómo un sujeto llega a ser tal resulta ineludible considerar en todo momento el entramado cultural. No obstante, el hecho de que el infans se encuentre inserto en un medio cultural, conlleva indagar en torno a las particularidades y especificidades que la subjetivación implica. Por esta razón, y dada la amplitud de dicha pretensión, *lo originario* amerita una particular reflexión, aún más si se considera que el encuentro entre el infans y el otro parental (y por ende con la cultura) es de orden asimétrico y violento. Es decir, se produce un encuentro entre psiquismos y cuerpos diferentes que no se suscita en una relación de pares, expresión de la violencia del otro parental hacia el infans que por esta vía moviliza los caminos de la cultura. En este sentido, la vivencia violenta del encuentro implicaría un orden traumático para el infans aunque, paradójicamente, necesario y edificante de la subjetividad.

A propósito de lo dicho, ya desde Freud es posible plantear un *encuentro originario* que implica una violencia desde el otro para que el infans pueda ingresar al registro de lo cultural. Esto, en tanto la *barrera protectora*, que media el acceso con el mundo (Freud, 1920), en el caso del infans remite principalmente al otro parental (Freud, 1926 [1925]; Cabrera, 2012); lo que implica que aquel otro proteja al infans del mundo y a su vez lo empuje hacia el entramado cultural, imponiendo por esta vía en el niño deseos que se encuentran mediados por una legalidad contenida en el origen mítico expresado por Freud en *Tótem y Tabú*. Es decir, el encuentro con el otro parental, que protege e invade

al infans, está atravesado por la *represión*. Por lo tanto, el lazo entre el otro y el infans se ve mediado por una legalidad cuyos nódulos radican en la prohibición del incesto y el asesinato al padre que todo lo puede, sosteniéndose por esa vía la hermandad entre pares. En este sentido, el encuentro entre el infans y el otro parental se encuadra en el orden cultural que dicha legalidad posibilita. Encuentro, que a pesar de estar delimitado por los requerimientos de la cultura, es de carácter excesivo y traumático para el bebé, en tanto éste aún no puede completamente dar cabida a las exigencias y marcos culturales que el otro le impone. Trauma, que empero es de orden necesario para la subjetividad, pues permite la movilización de la psique.

Teniendo en cuenta el trauma edificante que acaba de ser señalado, el juego del *fort-da* nos permite un vínculo con el trauma de esta índole. En este sentido, el *fort-da* tiene la particularidad de que en tanto acaece permite que se delineen caminos de elaboración para el infans de aquello que en cierta medida le resulta intolerable. Al respecto, aquel juego repetitivo alude a una experiencia que está *más allá del principio del placer* y que implica la posibilidad de poder lidiar con la *pulsión de muerte*. Es decir, el *fort da* permite una forma de vérselas con la intolerable partida de la madre y por esta vía se erige como un fenómeno que remite a un trabajo repetitivo para poder lidiar con la pulsión de muerte, instalando de este modo un camino que permita el asentamiento del *principio del placer*.

Sin embargo, cabe considerar que el *encuentro originario* y traumático con el otro tiene diferencias con el *fort-da*, como por ejemplo, en el encuentro traumático propio de *lo originario* la psique se encuentra en una actividad predominantemente *originaria* y no *primaria* (Castoriadis- Aulagnier, 1975), lo que conlleva que para Piera Aulagnier *lo originario* ya remite a procesos psíquicos, y por esta vía entonces, implica representabilidad y ligazón. Esto, a diferencia de Freud para quien previamente al juego del *fort da* no habrían procesos psíquicos de elaboración sino más bien angustias de orden originaria. Diferencia entre los autores que implica que en Freud *lo originario* remitiría a una pasividad del psiquismo, mientras que en Aulagnier la psique sería activa, condenada a una actividad metabolizadora que permite cierta forma de representación. Sin embargo, tanto el *fort da* y el *encuentro originario* remiten a fenómenos que tienen lugar a propósito del *más allá del principio del placer*, implicando la repetición del exceso que el encuentro con el otro produce para el infans, exceso que en tanto alude al otro parental permite a su vez las vías para que la psique paulatinamente pueda ir haciendo

metabolizable (Castoriadis- Aulagnier, 1975) aquel impacto del otro, así como también permite la *movilización* libidinal de aquello que se encuentra más bien en el registro de la quietud de *tánatos*.

Lo referido, releva la concepción freudiana en torno a que el *principio del placer* es una llegada (Freud, 1920) y que implicó un trabajo previo de ligazón, expresándonos Freud la compleja relación entre *tánatos* y *eros*. En este sentido, a través de Aulagnier (1975) y la violencia del otro es posible indagar dicho arribo en la medida que la *violencia primaria* y el *trabajo pictográfico* implican un primer nivel donde se hacen inscribibles las vivencias de placer y displacer. Al respecto, Aulagnier complejiza y releva el carácter lógico del *proceso originario* relativo al placer, displacer y al trabajo de ligazón (Freud, 1920); pues ya originariamente organiza formas de representación en torno al esfuerzo originario por poder abordar lo traumático del encuentro con el mundo, expulsando lo displacentero e incorporando lo placentero. Actividad, que conlleva además un esfuerzo de ligazón que aludiría a la *representabilidad originaria*, trabajo *pictográfico* que es soporte lógico de la *actividad primaria*, donde tendrá lugar la *fantasía* y que desde Freud remitiría propiamente el *principio del placer*.

Por otra parte, el *más allá del principio del placer*, en tanto forma previa en que la psique del infans se debe esforzar para poder ligar aquello que resulta excesivo y que habla del encuentro traumático, es vinculable con la *violencia primaria* edificante de la subjetividad, pues aquel empuje permite que el infans lidie con la quietud de *tánatos*. Esto, pues por paradójico que sea, es necesaria una violencia que hable por el otro, callándolo en tanto se habla por él y a la vez haciéndolo hablar en la medida que se le imponen significantes (Castoriadis-Aulagnier, 1975) que implicarán que el infans pueda apropiarse de un deseo que le permite la posterior entrada al predominio de *lo primario* y, por esta vía entonces, al reinado del *principio del placer*. Por lo tanto, la *violencia primaria* se sitúa como traumática y necesaria en la medida que provee formas con que tramitar la *pulsión de muerte*, esto en tanto hay un deseo del otro que se impone y a la vez moviliza. Área de exceso, que constituye un trauma edificante en tanto permite la posibilidad de ser sujeto.

Asimismo, la idea en torno a que la metáfora de la *membrana de sustancia estimulable* y el impacto estimular concomitante (Freud, 1920) sea representación del soporte y a la vez impacto con el otro parental (Cabrera, 2012), encuentra numerosos puntos de enlace con el constructo de *violencia primaria* de Piera Aulagnier (1975), el cual

enfatisa el carácter violento del encuentro y a su vez releva el esencial lugar del otro para el proceso de subjetivación. En este sentido, la noción de *violencia primaria* (Castoriadis-Aulagnier, 1975) se torna esencial para dimensionar que lo traumático del *encuentro originario* es de orden necesario para la subjetivación y, que a su vez, en tanto violencia implica una relación asimétrica entre los sujetos implicados. Al respecto, la metáfora de la membrana y la *protección antiestímulos* conlleva una actividad violenta desde el otro en tanto se instala como aquel *yo auxiliar* que anticipa al infans el acceso al mundo. Es así que la violencia del otro, anticipo por parte del otro parental, implica la imposición de ideas y pensamientos a un infans cuya actividad psíquica requiere de dicho anticipo pero a su vez no puede oponerse al mismo, expresión de la asimetría de la relación que se sostiene en trabajos psíquicos de distinto orden.

De esta forma, cabe recordar que el encuentro se produce entre un psiquismo ya constituido y un psiquismo en constitución. Asimetría, que se refleja en lo impactante que es para el infans acercarse al orden de la cultura; en este sentido, es posible plantear que el *encuentro originario* con el otro es de orden traumático pues implica una violencia desde una alteridad que ejerce mayor poder y que impone un camino para el bebé (Castoriadis- Aulagnier, 1975). Al respecto, el niño no tiene aún las condiciones psíquicas para poder elaborar el impacto que se produce en *lo originario*; como se ha dicho, la metáfora celular remite a un encuentro con el mundo en donde el exterior rebosante en estímulos se presentifica sorpresiva e intensamente ante el bebé (Freud, 1920). Esto se complejiza si se considera que el mundo en *lo originario* remite al otro parental (Castoriadis- Aulagnier, 1975), quien es a su vez *protección antiestímulos* del menor (Cabrera, 2012). En otras palabras, el encuentro implica un nivel aún no elaborable para el bebé debido a que la actividad psíquica *originaria* no dispone de la capacidad para representar al modo de *lo primario* y/o *lo secundario* la excitación que viene desde el otro, empero dicha violencia y dicho exceso a su vez conlleva un empuje para el infans hacia el entramado cultural y hacia un modo *pictográfico* de representación (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Es así, que ya desde Freud es posible leer lo traumático del encuentro fundante, pues el otro le impone al bebé un orden representacional que el infans aún no puede ligar del todo, empero dicha violencia real es necesaria para el orden de la subjetivación, pues sin ella el infans queda fuera del registro cultural. Empuje traumático desde el otro hacia la cultura que sólo es posible en la medida que el otro parental es un sujeto inmerso en lo social, y por lo tanto a nivel subjetivo, se encuentra atravesado éste

por la *represión*, imponiendo por lo tanto al infans la diferencia y el tiempo. Lo que desde Aulagnier (1975), es posible comprender como otro parental que se mueve dentro de las *formas culturales*, imponiendo al infans significantes ya *metabolizados* por la cultura.

En este sentido, la asimetría señalada encuentra estrecha relación con la idea freudiana de *protección antiestímulos*, en la medida que ésta implica no sólo aquel medio para poder protegerse del mundo sino por sobre todo para vincularse al mismo. De este modo, si dicho lugar es ocupado por el otro parental, entonces también desde Freud habría una imposición desde el otro en torno al tamizado con que el infans se puede acercar al mundo. Empero, cabe destacar que Piera Aulagnier (1975) habla de un anticipo significativo, relevando por esta vía la imposición de un plano simbólico, expresión de deseo que incide enormemente en los procesos de subjetivación del infans, énfasis que no está presente con la misma fuerza y en la misma clave en el texto freudiano. De esta manera, el anticipo referido prepara el camino de entrada al mundo para el infans, es decir el *yo auxiliar* en tanto *barrera protectora* (Freud, 1920) es previo a la corporalidad del infans, el camino es preparado con antelación por el otro parental en tanto hay un deseo que le antecede, *sombra hablada* que expresa la imposición necesaria de un sendero de entrada al mundo para el infans. Así por ejemplo, el nacimiento en Aulagnier es la llegada a un entramado cultural que ya había sido preparado para que el infans se encuentre con él (Castoriadis- Aulagnier, 1975), profundidad que complejiza la reflexión freudiana que es de orden principalmente económica (Freud, 1926 [1925]).

Desde otra arista, el otro parental en su calidad de *portavoz* (Castoriadis- Aulagnier, 1975), violenta al hablar por el infans, pero a su vez, instala, en tanto sujeto atravesado por la *represión* y por ende descentrado, un exceso traumático aún intramitable para el infans pero imprescindible para que pueda ingresar al registro cultural. *Portavoz* que delimita un cuerpo y psique para el infans y cuya *violencia primaria* es necesaria para la subjetivación. Anticipo, que encuentra un modo específico al considerar que el otro parental le exige al infans que experimente, por ejemplo, la *vivencia de satisfacción*, pues en tanto la oferta antecede la demanda del bebé, el otro parental le demanda al infans que sacie la necesidad bajo la modalidad que exige el deseo del otro, en este caso, que se sacie en el pecho materno. En este sentido, la *vivencia de satisfacción* es ya una experiencia violenta pero necesaria, que marca por lo tanto un exceso traumático para el infans en que el estímulo placentero se presentifica antes de que se le busque, y por esa vía, sólo paulatinamente el infans podrá apropiarse del deseo

y de modos particulares para que los *representantes de la pulsión* tomen determinados destinos. Por otra parte, en tanto el cumplimiento de deseo nunca es suficiente para cubrir al deseo, somete al infans a una nueva experiencia de orden traumático empero necesaria en tanto denuncia la imposibilidad del otro para cubrir la misma expectativa que éste creó, llevando al infans hacia una encrucijada entre *tánatos* y *eros*, que el trabajo *primario*, si todo va bien, podrá dilucidar a favor de los caminos de la vida.

En síntesis, el *encuentro originario* remite a un modo violento y traumático de subjetivación, en que el otro en su anticipo ejerce una violencia que es necesaria para que el infans se apropie de un deseo y para que por esta vía se inscriba en el entramado cultural. Trauma edificante, que permite un empuje para los caminos de la pulsión.

b. Los caminos de la pulsión, la posibilidad de simbolización y la repetición

i. El otro, los senderos de la pulsión y la *neo-génesis*

Al considerar la constitución subjetiva a partir de una génesis traumática edificante, la figura del otro se torna sumamente importante, ya que es el otro parental el que infringe aquella violencia necesaria que permite poner en marcha la constitución subjetiva de aquel que acaba de nacer. Este otro que violenta al infante, es capaz de figurarlo y anhelar aspectos de éste antes de su nacimiento por medio de los enunciados de la *sombra hablada*. Enunciados, que el otro llevará a aquel espacio hablante para el infans, constituido y materializado por el discurso del *portavoz*, anticipación significativa necesaria para la incipiente subjetividad del infans. Esto implica plantear, que la emergencia de la subjetividad sólo puede ser pensada en compañía y gracias a un otro que inserta la cultura y el deseo de vida a aquel sujeto que acaba de nacer (Castoriadis- Aulagnier, 1975), estableciendo una forma de interacción siempre en relación al otro.

Aquel otro y sus entramados de deseos, tanto de vida o de muerte (Castoriadis- Aulagnier, 1975), determinarán ciertos caminos de deseo en el infans, en tanto la forma que los padres se posicionan ante el hijo depende de sus propios deseos inscritos por sus propios padres; conteniendo aquellas inscripciones no sólo huellas actuales sino también diversos recorridos de la transmisión generacional (Freud, 1913 [1912-13]); Castoriadis- Aulagnier, 1975). Esta cuestión plantea principalmente que los deseos parentales en torno

al infans nunca serán deseos homogéneos (Bleichmar, 2008 [1999]) y tampoco serán inscripciones conscientes para el sujeto que las ejerce, ya que este sujeto parental se encuentra atravesado por la *represión*, mecanismo que desaloja de la consciencia parte de la experiencia (Freud, 1913 [1912-13]; Castoriadis-Aulagnier, 1975). Esto, permite pensar que aquellos numerosos encuentros que vivencia el infans en los primeros momentos de la vida, están llenos de singularidades y aspectos inconscientes, lo que conlleva que aquellas huellas serán parte de la materia prima que permitirá la constitución de la subjetividad del recién nacido.

En este sentido, en la misma *vivencia de satisfacción* (Freud, 1900 [1901]) es posible vislumbrar la subjetividad del otro en torno al infante, la cual se traduce en los distintos modos de inscripción que en ese encuentro ocurrirán, siendo el acto de amamantamiento muy diverso, dependiendo de los sujetos implicados y las formas culturales imperantes. No obstante, a pesar de lo diverso de aquella experiencia, para la ocurrencia de ésta es sumamente importante el rol que cumple el otro, en tanto subjetividad atravesada por la *represión*, pero también, al tomar el lugar de aquel que *violenta primariamente* al infante anticipándose a lo que el infans podría requerir, ofertando el pecho antes que éste sea demandado por el niño (Aulagnier, 1994[1986]). Es en este encuentro, en el cual la autoconservación se entremezcla con lo sexual (Freud, 1905), en donde mediante esta *acción/inscripción* violenta del otro, (el otorgar el pecho) se instalan en el psiquismo infantil los diversos caminos de la pulsión. De esta forma, el otro no sólo cumple con la función nutricia de amamantar al infante, sino que también en su rol de *prótesis psíquica*, lo violenta y lo empuja a realizar distintas actividades psíquicas. De esta manera, los caminos pulsionales no están determinados solamente por lo biológico, sino que también “en el momento de satisfacción de la necesidad alimentaria se introduce algo del orden de lo no evacuable, algo del carácter traumático” (Bleichmar, 2008 [1999] p.137), inscripciones que en su condición de excesivas deben ser metabolizadas por el infans.

Es en este marco, que se “viene a instalar la pulsión a partir de las acciones ejercidas por el otro humano” (Bleichmar, 2008 [1999] p.137), *violencia primaria* que tiene el tinte de lo sexual, que conlleva que el cuerpo del infans pase desde ser un cuerpo biológico a un cuerpo y a un ser *psíquico*, situación que llevará al psiquismo a una nueva complejización. Nueva configuración que deriva principalmente de aquel otro que instala las *matrices pulsionales*, las que “van a estar dadas en principio por la capacidad del otro

humano de producir inscripciones de las cuales no sabe nada, a tal punto que ni siquiera sabe que las está produciendo” (Bleichmar, 2008 [1999] p. 59). Situación, que es posible ligar a aquella madre descrita por Aulagnier, la cual cuenta con una *represión* exitosa para poder constituirse como *prótesis psíquica* de su hijo, lo que implica pensar un sujeto en conflicto entre sus instancias psíquicas y con posibles desbordes desde su inconsciente, de los cuales ni siquiera recibirá noticia. Es decir, la madre mediante sus *significantes enigmáticos* no sabrá qué tipo de mensajes traspasa e inscribe a su hijo mediante su discurso (Laplanche, 1987; Bleichmar, 2008 [1999]). En este sentido, debido a lo asimétrico de esta relación, en tanto ambos se encuentran en procesos psíquicos de diversa complejidad, aquellos mensajes serán altamente enigmáticos para el infante (Bleichmar, 2008 [1999]), pero no cabe duda que estos mensajes llevarán la huella de la sexualidad, sexualidad materna difícil de lidiar para el infans en plena actividad del *proceso originario*.

Asimismo, existe una delgada línea entre la inscripción de los caminos de pulsión necesaria para la puesta en marcha del psiquismo y la inscripción excesiva del otro, la cual no permitiría el trabajo del psiquismo sino que lo detendría. Esto, es posible establecerlo mediante el constructo de *violencia secundaria*, en donde la certeza de la madre en torno a lo que requiere el hijo es total y en vez de permitir que se esgriman caminos para satisfacción de la pulsión, el infante queda fijado al modo satisfactorio que el otro le demanda, demostrando lo frágil que es el intervalo que separa lo necesario del abuso, lo estructurante de lo destructivo (Castoriadis-Aulagnier, 1975). De esta forma, la condición de la instauración de la pulsión, está principalmente en el inconsciente del otro parental, en tanto el otro materno o paterno demanda diversas posibilidades de satisfacción no adscribiéndose a una forma en particular, condiciones que remiten también a la propia sexualidad parcial de ésta, ejerciendo sobre el niño operaciones que instauran una sexualidad que surge como traumática, no-ligable y destinada a una religazón o reelaboración (Bleichmar, 2008 [1999]). Por lo tanto, a pesar de la dificultad del infans de hacer algo con aquella excitación, deberá hacer movimientos y ligazones para poder vérselas con la pulsión y sus destinos.

Así también, al establecer que aquellos encuentros entre el infans y el otro tienen la característica de ser traumáticos edificantes, es que la idea de *neo-génesis* de Silvia Bleichmar, en tanto posibilidad de transformación o *metabolización* de la experiencia, toma gran importancia en la constitución psíquica. Es así, que la autora plantea que la

neo-génesis “remite a un aparato abierto a los elementos de la realidad y sometido al traumatismo” (Bleichmar, 2009 [1999]) proveniente del accionar del otro y la cultura. En este sentido, la *neo-génesis* permite plantear la posibilidad de que el aparato psíquico logre re-estructurarse y metabolice aquel exceso proveniente de cada encuentro novedoso que tenga con el otro para poder representarlo y así darle cabida en el psiquismo. No obstante, en el caso del *encuentro originario*, más que una reestructuración, el trauma edificante permite que el psiquismo tome forma, aspecto sumamente necesario para la emergencia de la subjetividad.

ii. Las condiciones mínimas para simbolizar

En este contexto, en donde el psiquismo se encuentra continuamente abierto a los elementos e información proveniente del mundo y del otro (Castoriadis-Aulagnier, 1975), es que el aparato psíquico opera en pos de una constante transformación (Bleichmar, 2008 [1999]), lo que implica que en el caso de los primeros momentos de la vida, la violencia del otro pueda brindarle diversas formas al incipiente psiquismo. Debido a este *plus traumático*, irreductible para el infans e instaurado por la psiquis del otro, es que el aparato psíquico en constitución deberá encontrar vías de descarga o de ligazón para aquellas cantidades (Bleichmar, 2008 [1999]). Convirtiéndose de esta manera la pulsión en el verdadero motor de la vida, en tanto este concepto “fronterizo entre lo anímico y lo somático” (Freud, 1915a p. 117), implicará inherentemente una exigencia de trabajo (*drang*) y movimientos constantes e incesantes para satisfacerse. Es así, que al comienzo de la vida el aparato psíquico puede abstraerse de las excitaciones provenientes del exterior “mediante una acción muscular (huida)” (Freud, 1915a p.115), sin embargo, de los accionares padecidos desde el interior el infante no puede escapar. De esta manera, el aparato psíquico en construcción tendrá que realizar diversas transformaciones para poder vérselas con este tipo de estímulos.

En este sentido, si en la actividad de *lo originario* sólo se busca la mera ganancia de placer, sin miramiento por una realidad separada de sí mismo (Castoriadis-Aulagnier, 1975), la inevitable frustración empujará al sujeto en constitución a tener que considerar el mundo exterior como algo distinto, “sólo la ausencia de la satisfacción esperada [de parte del otro], el desengaño, trajo por consecuencia que se abandone ese intento de satisfacción por vía alucinatoria” (Freud, 1911 p. 224). *Metabolización* de la realidad, que podrá efectuarse de manera distinta por medio de la actividad de fantasear en el *proceso*

primario, de enunciar y pensar en el *proceso secundario* (Castoriadis-Aulagnier, 1975). Es así, que debido a la importancia que supone la realidad material, el valor de los órganos sensoriales también deberá aumentar, por lo que por medio de la *conciencia* se le hará posible al niño capturar las cualidades sensoriales del afuera. También, la *atención* será la encargada de explorar los datos del mundo exterior, los cuales en simultáneo serán registrados en la *memoria*, “depositaria de los resultados de esta actividad periódica de la conciencia” (Freud, 1911 p. 225). La *acción* reemplazará a la descarga motriz automática de tiempos arcaicos, es decir, habrá un pasaje desde el llanto del bebé como respuesta ante las exigencias internas, al llanto intencionado por alimento. Al respecto, este proceso además instaurará la capacidad de poder suspender la acción, de esperar antes de actuar, es decir tendrá lugar el “proceso de pensar [que] se constituyó desde el representar” (Freud, 1911 p. 226).

De esta manera, aquellos procesos contemplados por Freud (1911) y las actividades de *metabolización* planteadas por Aulagnier, requieren para poder instaurarse cimientos necesarios brindados por el empuje del otro. Cimientos e inscripciones que a su vez permitirán establecer las condiciones mínimas para que el infans pueda ligar la excitación de la pulsión y poder representar y simbolizar. De esta manera, es la pulsión, instalada por el accionar violento y traumático del otro, lo que impulsará diversos trabajos psíquicos para la posterior aceptación de la realidad, implicando de esta forma trabajos de *crecimiento intelectual* y de *simbolización* (Bleichmar, 2008 [1999]). Es decir, establecerá los cimientos y las condiciones mínimas necesarias para poder representar y por lo tanto poder simbolizar, tarea sumamente necesaria para que el sujeto se mueva y pueda vivir en lo social.

De esta forma, es posible establecer que el psiquismo se organiza “desde lo complejo a lo complejo” (Bleichmar, 2008 [1999]), en tanto es el otro que violenta desde su *proceso secundario*, *represión* mediante, el que impone en el infans diversas complejidades, inaugurando distintos movimientos al interior del aparato psíquico, por medio de la actividad de *modificación* (Aulagnier, 1994[1986]), es decir, la reacción del aparato psíquico a la información que surge de la realidad exterior. Así, aquellos movimientos se constituyen como traumáticos para el psiquismo debido a su inmensa intensidad, no obstante no son traumáticos destructivos de subjetividad, sino que se establecen como un trauma y modificación constitutiva para ésta, en tanto imponen al

psiquismo su constitución y lo empujan a realizar trabajos psíquicos completamente necesarios para su conformación y su inserción en lo social.

iii. Los posibles relacionales, la repetición y la creación

Las inscripciones edificantes provenientes del otro no sólo dan forma al aparato psíquico en constitución, sino que también son los anclajes que posibilitan conservar cierta duración y fiabilidad a la experiencia (Aulagnier, 1994[1986]). Estos anclajes o *fondo de memoria* permiten garantizar la permanencia identificatoria entre aquello que se fue, lo que se es y lo que el sujeto será, ya que contienen el impacto de las primeras representaciones establecidas por el otro, las cuales mediante las actividades psíquicas posteriores del psiquismo serán transformadas y finalmente *metabolizadas* para poder darle cabida en el aparato psíquico en constitución.

En este sentido, los contenidos del *fondo de memoria* son “fuente viviente de la serie de encuentros que marcan la vida del sujeto” (Aulagnier, 1994[1986] p.443). Lo que permite establecer que gracias a las inscripciones duraderas del otro en el *proceso originario*, el infans en su posterior vivenciar, podrá reconocer cierta permanencia y no perderse con los encuentros futuros, formando *posibles relacionales* que permiten que el sujeto mantenga cierto panorama de elecciones y de los límites que cada inscripción puede encontrar en los objetos a investir. Al respecto, “para investir la espera de un nuevo encuentro, es necesario que haya quedado investido el recuerdo de uno ya vivido y que ha formado parte de un posible realizado en nuestro pasado” (Aulagnier, 1994[1986] p. 448), permitiendo que se mantenga una alianza entre el *principio de cambio* y el *principio de permanencia* lo que permite que la *memoria* pueda tener lugar.

De esta manera, las posibles elecciones que el sujeto pueda realizar estarán enmarcadas en la *matriz relacional*, cuyo campo de posibilidades permite establecer el acceso a los objetos a investir. Marca psíquica, que fue posibilitada por medio de la inscripción y la imposición de otro en los tiempos *originarios* (Castoriadis-Aulagnier, 1975), huella que se establecerá como un *prototipo relacional* para el sujeto que acaba de nacer. Esta matriz, está presente en la totalidad de las relaciones y constituye en sí mismo el hilo conductor entre el pasado y el presente, el cual permite reconocernos. Este hilo, puede ser pensado como una repetición de aquella relación establecida entre el infans y el otro en el *encuentro originario*. No obstante, a diferencia de aquella repetición traumática real

que establece Freud, en donde lo que se repite es la vivencia traumática en el sueño; la repetición de la *matriz relacional* planteada por Aulagnier, permite que no se trate de un retorno de un único *prototipo relacional*, sino que se trate de una *creación relacional*, o sea, “una amalgama nueva entre el prototipo relacional [fundado en el *proceso originario*] y lo que todo encuentro aporta” (Aulagnier, 1994[1986] p. 450).

En síntesis, el *proceso originario*, reviste el tiempo necesario para la inscripción, organización y apropiación de los materiales e información provenientes del otro, los cuales permiten que un tiempo pasado devenga para el sujeto en el futuro “ese bien inalienable que puede por sí mismo permitirle a la aprehensión de su presente y anticipación del futuro” (Aulagnier, 1994[1986] p. 451). Lo que implica que aquel otro que inscribe traumáticamente ciertas huellas en el psiquismo en constitución es esencial para los posibles encuentros que el sujeto tendrá en el futuro, en tanto marca una manera de relacionarse con el otro social, más aún, permite que el infans se movilice hacia ese lugar otro, ese lugar social sin el cual el sujeto no podría vivir.

c. Lo político y la legalidad

Considerar el encuentro a nivel de lo traumático edificante implica constatar y relevar la dimensión política que el encuentro fundante tiene para la constitución subjetiva. Registro político, en tanto alude a un lazo entre el infans y el otro que es una relación de poder en la medida que el otro parental cuenta con la certeza de que su accionar será el adecuado para satisfacer las necesidades biológicas y psíquicas del infans. A su vez, el infans inmerso en la *actividad originaria* aún es incapaz de elegir o negarse al anticipo significativo del otro (Castoriadis-Aulagnier, 1975). En este sentido, el *encuentro originario* es de carácter político en tanto implica un ejercicio activo de poder por parte del otro parental, sujeto atravesado por la *represión* en el cual predomina la actividad psíquica secundaria; diferenciándose del infans, cuya incipiente actividad psíquica remite principalmente a *lo originario*, quien por esta vía, aún no puede distanciarse subjetivamente de las imposiciones del otro.

Al respecto, lo político se ve expresado en el *encuentro originario* en la medida que éste en tanto trauma edificante, implica una violencia subjetivante ejercida desde el otro que se encuentra delimitada por la legalidad propia de la cultura. En este sentido, la violencia del anticipo (Castoriadis- Aulagnier, 1975) implica la posibilidad de transmisión

cultural, al considerar que desde el otro se imponen ya en *lo originario* la interdicción al incesto y la prohibición de ocupar el lugar del padre (Freud, 1913 [1912-13]). Imposición de la legalidad cultural que se inscribe violentamente en tanto se instala desde el otro como necesaria y como marco que permite hacer la diferencia transgeneracional; marco que por otro lado conlleva a la posibilidad de que haya anticipo, pues éste tiene como condición la diferencia generacional que sustenta el marco cultural. Es decir, para que haya un sujeto que hable por otro, que se anticipe a otro, como condición deben haber sujetos diferentes, inmersos en lugares diversos dentro de la relación de poder, asimetría que es soportada en definitiva por la diferencia entre las generaciones que da la *represión*.

Como se ha expresado, el encuentro implica una diferencia entre dos subjetividades, que va más allá de evidenciar la fragmentación especular o la inmaduración biológica, pues éste mismo es expresión de un acto de poder que remite a una anticipación de parte de un otro hacia un sujeto cuyo aparato psíquico está en constitución, y por ende, sujeto a las imposiciones del otro en la medida que las requiere para poder enmarcarse dentro del plano cultural. Acción violenta, que tiene la marca de lo necesario y que implica una anticipación a nivel significativo por parte del otro.

Al respecto, el otro parental ejerce una violencia necesaria y constructiva, que a nivel freudiano podría leerse como aquel impacto excesivo que implica lo traumático en la medida que el otro parental en su calidad de *yo auxiliar* remite paradójicamente a la *barrera protectora* así como a aquellos estímulos respecto a los cuales dicha barrera protege. Esto, en tanto el nivel significativo impuesto contiene el sello de lo excesivo y por ende aún no ligable o elaborable para el infans, quien se encuentra inmerso en la *actividad originaria*, cuyo trabajo representacional pictográfico sólo puede inscribir lo placentero y lo displacentero, siendo por lo tanto aún imposible aprehender actividades representacionales de distinta índole.

De este modo, este encuentro político entre el infans y el otro parental remite a un acto violento que es constituyente para el psiquismo, pues inserta al infante en el entramado cultural al situarlo en una red de deseo; aunque de una forma excesiva y sorpresiva en tanto alude a una diferencia de lugares dentro de la relación de poder que los implicados desarrollan, que conlleva que el otro parental ostente un saber que es aún incuestionable para el infans. Aspecto, que se refleja en que al infante, incapaz aún de

elegir, se le impone desde el otro que demande aquello que se le ofrece; violencia del otro que implica un registro traumático, necesario y constituyente, en tanto aquella imposición es la primera marca de lo humano; sello de deseo, que desde el comienzo es de orden político.

Tal como fue presentado anteriormente, la diferencia de poder en la relación infans-otro es necesaria en los primeros momentos de la vida, ya que la anticipación del otro permite la puesta en marcha del psiquismo del infante. No obstante, dicha anticipación necesaria está en estrecha relación con la actividad excesiva del otro, la cual más que figurar un camino de subjetividad en que el infans paulatinamente pueda apropiarse de su deseo, marca una forma de subjetividad rígida que se encuentra totalmente alienada (Aulagnier, 2004 [1979]) al deseo de la madre, en donde no habría cabida para un deseo del niño (Castoriadis-Aulagnier, 1975). En este sentido, en la *actividad originaria* del infante, la línea entre el accionar necesario del otro y el exceso abusivo de éste, es bastante difusa, en la medida que el accionar del otro en torno a la *violencia primaria* y *violencia secundaria* están estrechamente vinculadas entre sí.

Es así, como el término *primario* y *secundario*, en cuanto a violencia significativa en la autora, no se refiere a aspectos temporales de la constitución subjetiva sino que al rol del otro en función de aquel infans en desamparo. Otro que tiene que violentar al bebé para que éste pueda sobrevivir biológica y psíquicamente, pero violentar dentro de un marco de duda, en tanto la madre le demanda al niño que le demande dentro de un campo de enunciados que no son arbitrarios y remiten a lo que el otro considera como necesario para el que acaba de nacer. La *violencia secundaria*, más que permitir la figuración de un aparato psíquico y cumplir la función de *prótesis* materna para la psiquis del infans, ejerce su violencia en contra del incipiente yo del infante, congelando su capacidad de movimiento identificadorio y plasmando su poder-saber totalitario en el incipiente psiquismo en constitución (Aulagnier, 1991[1986]). Es así, que la actividad de la *violencia secundaria*, remite a un marco político que se vuelve totalitario pues obtura la posibilidad de que emerja una subjetividad que pueda decir algo diverso a lo que se le impone.

En este sentido, el poder concentrado en esta relación tiene que estar mediado por alguna ley que pueda organizarlo (Freud, 1913 [1912-13]), equilibrando a ambas partes involucradas para que no se cometan excesos en el sentido de la violencia secundaria y

su premisa principal de que nada cambie (Castoriadis.-Aulagnier, 1975). Al respecto, como ya ha sido mencionado, Aulagnier plantea como requerimiento para la puesta en marcha del psiquismo, un otro parental con una *represión* instaurada exitosamente y que se rija por las normas culturales. Asimismo, ya ha sido planteado que por el hecho de estar el otro atravesado por la *represión* habrían aspectos inconscientes que aparecerían en la relación, no obstante, en la medida que haya *represión* habrá cultura en la relación, cultura que impediría excesos abusivos de poder hacia el infans que acaba de nacer.

V. Conclusiones

a. Arribos

La presente Memoria se ha propuesto como objetivo principal indagar y problematizar en torno a la puesta en marcha de la subjetividad. Al respecto, se ha postulado en relación a *lo originario* que la subjetivación tiene lugar en base a un encuentro traumático, empero edificante, entre el infans y el otro parental. En este sentido, como soporte para poder reflexionar y pensar la aseveración expuesta, en la Memoria se ha realizado un recorrido que explora determinadas teorizaciones freudianas que permitieron establecer ciertos cimientos para el desarrollo de la investigación. Al respecto, destaca la revisión en torno a *lo originario* en Freud, quien nos ofrece un mito fundacional en torno al origen de la subjetividad (Freud, 1913[1912-13]), el cual se ve presentificado en el lugar de *yo-auxiliar* del otro parental contenido en la noción de *protección antiestímulos* (Cabrera, 2010). Así también, es relevante en dicho autor el lugar nodal para la constitución subjetiva, y por ende para el encuentro violento, de la *vivencia de satisfacción* y la instauración del deseo. Por último, en torno a Freud se relevan las reflexiones en torno al *trauma real*, coordinada importante para la Memoria en tanto ésta habla de una violencia que realmente aconteció pero que a diferencia del trauma destructor que invalida la subjetividad, planteado en 1920, el *trauma edificante* esgrimido en la Memoria, aparece como un traumatismo necesario, en tanto permite un camino para que devenga la subjetividad, siendo por ende, constructivo y edificante para el psiquismo.

Por otra parte, los posteriores trabajos realizados por Piera Aulagnier (1975) en torno a *lo originario* y a la subjetivación, emergen también como soportes para explorar la problemática principal de la Memoria. Postulados, que se vinculan a los desarrollos de Freud, pero que no obstante ofrecen teorizaciones propias, cimentadas en una nueva metapsicología. Dentro de lo referido, cabe destacar la *actividad originaria*, la cual implica extender la metapsicología a tiempos arcaicos, planteando que en este proceso se dan trabajos de incipiente ligazón y representación que constituyen la base para el camino de la subjetivación, principal diferencia con Freud, en tanto para éste antes de la *represión* primaria no habría procesos psíquicos. *Actividad originaria*, que sólo tiene lugar en tanto hay un otro que la sostenga por medio de su trabajo anticipatorio, el cual permite movilizar al incipiente psiquismo en constitución. En este sentido, el otro para la autora, que remite

al otro paterno y/o materno y que de forma más general alude a la cultura, inserta al infans, por medio de la anticipación de la *sombra hablada* y el *portavoz*, en el entramado cultural. Actividad que es posible en la medida que el otro realiza un trabajo violento y necesario de anticipación significativa, que la autora denomina *violencia primaria*; que en tanto necesaria produce subjetividad, pero cuyo exceso deviene en *violencia secundaria*, y por ende obturadora del psiquismo.

De este modo, en base a los soportes teóricos, referidos fundamentalmente a Sigmund Freud y Piera Aulagnier, fue posible esgrimir diversas intersecciones teóricas que permitieron pensar y sustentar la idea central de la Memoria, es decir, una constitución subjetiva basada en un trauma edificante. En este sentido, el diálogo entre los referentes permitió explorar y teorizar en torno a *lo originario* y al trauma edificante. Es así, que encuentra puntos de enlace el lugar de *protección antiestímulos* que ocupa el otro parental en tanto *yo auxiliar* del infans con la noción de *violencia primaria*, esto en tanto es el otro el que se anticipa al infans en su relación con el entorno y lo protege de la estimulación excesiva, pero a la vez, es el otro quien violenta al infans mediante su anticipación, empujándolo hacia la cultura.

Asimismo, la *violencia primaria* implica a un otro que se encuentra atravesado por la *represión*, por lo tanto, un otro que se sustenta en la legalidad propia de la cultura; aspecto que se enlaza por esta vía al lugar cultural implicado en la *membrana de sustancia estimulable* y la *protección antiestímulos*, en la medida que dicha metáfora se ampara en la legalidad contenida en *Tótem y Tabú*. A su vez, la membrana referida permite el intercambio del niño con la cultura, esto en tanto el otro es *portavoz* y doble representante de la cultura hacia el niño y del niño hacia la cultura.

Por otra parte, el diálogo entre los autores releva que el *principio del placer* es una llegada, pero añadiendo que aquel arribo es de orden violento aunque necesario. *Violencia primaria*, que tiene lugar en torno a lo traumático en tanto provee vías para poder lidiar con la *pulsión de muerte* y por ende movilizar al psiquismo. Asimismo, el otro como *yo auxiliar*, revela el lugar asimétrico en la relación entre el infans y el otro, asimetría que es condición para que la *violencia primaria* pueda marcar los caminos de entrada al registro cultural.

A su vez, en relación a la violencia necesaria que se esgrime en torno a la vivencia de satisfacción, a partir de la lectura de Silvia Bleichmar (2008[1999]) fue posible plantear que aquellas huellas instaladas por el otro se constituyen como los caminos de la pulsión. Aquello, en tanto el anticipo parental inscribe en el psiquismo infantil el dinamismo pulsional; *violencia primaria* que es de orden sexual, y por ende, acercándonos más a Laplanche (1987), implica un exceso estimular que el infans aún no puede tramitar del todo. En este sentido, las exigencias que conlleva la pulsión instalada desde el otro, emergerían como traumáticas en tanto le exigen al aparato psíquico que les dé un destino, exigencia ineludible para el psiquismo.

No obstante, la pulsión y por ende sus representantes, a pesar de ser traumática para el infante en tanto es exigencia constante, impele al infans a tener que hacer algo con ello, debido a que la arcaica huida del displacer y la incorporación del placer (Freud, 1915a) no son suficientes para tramitar satisfactoriamente la pulsión que insiste desde dentro del psiquismo a pesar de haber sido instalada desde fuera. En este sentido, el aparato psíquico del infans se ve requerido a realizar diversas actividades que le permitan dar lugar a los *representantes de la pulsión*. Actividades que son las condiciones mínimas y necesarias para poder simbolizar y por ende representar la experiencia.

Al respecto, se destaca la importancia de la violencia del otro en torno a los procesos de inscripción, pues no sólo inscribe los caminos de la pulsión y la posibilidad de simbolizar, sino también instaura un prototipo de relación con el exterior. *Matriz relacional* (Aulagnier, 1991[1989]), que se constituye como hilo conductor entre el pasado y presente del sujeto, entre las inscripciones *originarias* y aquellas que tengan lugar bajo actividades psíquicas más complejas. Prototipo, que no refiere solamente a la repetición traumática y rígida del evento con fuerza traumática, sino, que en otro orden, permite añadir nuevos elementos a la relación del sujeto con los objetos que éste investirá.

Finalmente, que la producción de la subjetividad en *lo originario* remita a un encuentro de orden traumático edificante, releva el carácter político que se juega en la asimetría entre el infans y el otro parental. Carácter político, pues dicha violencia se ve encuadrada por la legalidad cultural, así como también constata que la producción de la subjetividad remite a una relación de poder entre sujetos que necesariamente se encuentran en distintos lugares dentro de dicha relación.

b. Implicancias

Al tener en consideración la tesis central de la Memoria, en torno al lugar de la violencia de índole constructiva para la subjetividad, permite abrir caminos de reflexión en torno a la noción de violencia en sí. En este sentido, claro está que la violencia implica un orden negativo, en tanto se vincula a la destrucción y a las catástrofes, tanto psíquicas como sociales. Sin embargo, la violencia, como se ha hecho referencia en la Memoria, posee una dimensión productiva, pues es en sí misma articuladora de lazos y de subjetividades. Por otro lado, esta violencia constitutiva permite pensar en las consecuencias de ésta en la subjetividad, en tanto aquella trae la posibilidad de transformación y elaboración de la subjetividad después de un suceso traumático, tal como podría pensarse en el trabajo clínico.

Así también, el presente trabajo permite dar lugar a la reflexión en torno al sujeto del psicoanálisis, es decir, un sujeto en constante conflicto con sus distintas instancias psíquicas. No obstante, en los tiempos del *proceso originario*, aún no hay sistemas psíquicos estrictamente conformados, lo que podría pensarse como una ausencia de conflicto para ese sujeto en devenir. Sin embargo, en la *actividad originaria* ya hay procesos de incipiente ligazón así como el trabajo de introyectar lo placentero y expulsar lo displacentero. Esto, trae a colación la idea de que el sujeto estudiado en la Memoria es un sujeto en conflicto, quizás no entre sus instancias como en el caso de un aparato psíquico adulto, pero sí con las cantidades energéticas instauradas con la pulsión, las cuales causan displacer y sientan las bases necesarias para las actividades psíquicas. Asimismo, el conflicto se expresa en la relación del sujeto con la cultura, y por lo tanto, en torno a la inscripción del infans en ésta.

Por otro lado, ampliando los horizontes de la Memoria, pero en estrecha relación con ésta, cabe mencionar que el prototipo de relación violenta entre el infans y el otro parental también es posible encontrarlo en otras dimensiones del entramado cultural. Circunscribiéndose por ende a lazos culturales diversos pero también productores de subjetividad. Tal es el caso de la relación del infante con determinadas instituciones más allá de la familia, donde la escuela se torna un ejemplo paradigmático en tanto ésta tiene por objeto insertar al niño en la cultura. Sin embargo, dicha violencia puede tornarse excesiva, en la medida que en muchos casos la institución escolar delimita de manera

tajante los modos ideales de cómo un sujeto debe ser. O también, es algunas veces el caso del redoblamiento de la violencia ejercida a las personas insertas en instituciones para discapacitados, en tanto algunas instituciones brindan amparo de la posible discriminación social y ayuda en la rehabilitación, pero a la vez, mantienen al sujeto en el lugar de discapacidad, violentándolo secundariamente al circunscribirlo a cierto modo de ayuda, cerrándole las puertas a otro modo de integración social y por ende a la circulación de significantes.

Finalmente, cabe mencionar, que la violencia y el trauma edificante tratados en la Memoria, aluden a formas de lazos, que remiten, en un sentido ampliado, a la manera moderna en que los sujetos se ven subjetivados. Muestra por lo tanto, de un marco cultural moderno en donde la violencia es esencial a la hora de producir relaciones entre sujetos, y por esta vía, subjetividades.

c. Proyecciones

Es necesario considerar que el presente escrito no agota de ninguna manera las reflexiones en torno al trauma edificante y la actividad de *lo originario*, en tanto dichas temáticas se encuentran aún abiertas en psicoanálisis. De esta forma, las indagaciones y problematizaciones esgrimidas implican un comienzo para los autores de la Memoria, abriendo por esta vía la posibilidad de dar paso a futuras investigaciones que pudieran surgir a partir de la temática central.

En este sentido, el trauma constituyente de subjetividad nos permite proyectar el estudio en diversos planos de la práctica investigativa, como por ejemplo, pensar la violencia en las instituciones que encuadran el marco de lo social y la incidencia que estas mismas tienen en la producción de subjetividad. Al respecto, los planteamientos del *lazo social* esgrimidos por Freud en *Tótem y Tabú* (1913[1912-13]) y la *violencia primaria* y *secundaria* de Piera Aulagnier, cumplirían un rol teórico fundamental para abrir la posibilidad de pensar el origen y las consecuencias de la violencia ejercida en las instituciones sociales, como por ejemplo las escuelas, las empresas y las instituciones médicas.

Por otra parte, cabe relevar que la investigación desarrollada habla de la asunción violenta de la subjetividad, empero, abre la posibilidad de indagar posteriormente en la

cimentación del yo, en tanto, a través de Piera Aulagnier, se ofrecen reflexiones que dan cabida a pensar el yo que adviene, en la medida que el yo del otro parental se ofrece como lugar anudante de identificaciones.

Así también, los referentes teóricos que apuntalan la Memoria permiten el posterior desarrollo de investigaciones que tengan como objeto la clínica de los primeros tiempos, es decir, la clínica relacional entre un otro parental y el recién nacido. Esto, en tanto en los primeros tiempos es posible *ver in situ* los modos de constitución subjetiva y el trabajo que la violencia tiene en estas inscripciones provenientes del otro, analizando por esta vía el lugar terapéutico que las consideraciones en torno al trauma edificante o el exceso de la violencia puedan tener.

Por último, en esta misma línea de pensamiento, los planteamientos esbozados en la presente Memoria en torno al trauma edificante de subjetividad, permiten el posterior desarrollo de investigaciones en relación a la clínica de lo traumático. Esto, en tanto el trauma y la violencia se encuentran presentes en la Memoria, pero principalmente en su dimensión constructiva, dejando abiertas las puertas para futuros desarrollos que se concentren en el *trauma real* y en el exceso de la violencia. Órdenes paralizantes de la subjetividad, que por ejemplo, pueden encontrar un nicho de mayor desarrollo teórico en torno a la infancia. De este modo, se abren interesantes y apasionantes caminos de investigación, dentro de los cuales la presente Memoria se sitúa como un iniciático soporte para los recorridos que los autores decidan emprender.

VI. Bibliografía

- Aulagnier, P. (1991[1984]). Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio. En *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier, de lo originario al proyecto identificatorio*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991[1986]). Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier, de lo originario al proyecto identificatorio*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991[1989]). Construir (se) un pasado. *Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*. 13(3), 441-497.
- Aulagnier, P. (1994[1986]). Demanda e identificación. En *Un intérprete en busca de un sentido*. México D.F. Editorial: Siglo XXI Editores.
- Aulagnier, P. (2004 [1979]). *Los destinos del placer alienación, amor, pasión*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Bleichmar, S. (1992). Teoría traumática de la neurosis. En *Lo traumático en la infancia*, Diarios Clínicos Nro.5: *Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*, Buenos Aires.
- Bleichmar, S. (2008[1999]). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Cabrera, P. (2010). Tiempo, angustia y subjetividad. En *Espacios de tiempo, Clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. En R. Aceituno (comp.) *Espacios de tiempo, clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Santiago de Chile, Editorial: Universidad de Chile, Praxis Psicológica

- Cabrera, P. (2012). Actualidad de las piezas de museo: Freud y la ecuación etiológica ampliada. *Revista de Psicología Universidad de Chile*. Vol. 21, N°1: Junio, pp. 135 – 157.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Corominas, J. (1973). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Editorial: Gredos.
- Corominas, J. (1980). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico Tomo III*. Madrid, Editorial: Gredos.
- Donzino, G. (1992). Introducción. En *Lo traumático en la infancia*, Diarios Clínicos Nro.5: *Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*. Buenos Aires.
- Ferenczi, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. En *Psicoanálisis, Obras Completas, tomo IV: 1927-1933*. Madrid, Editorial: Espasa-Calpe.
- Freud, S. (1896). La etiología de la histeria. En *Obras Completas Vol. III*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Freud, S. (1897). Cartas con Fliess. En *Obras Completas Vol. III*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Freud, S. (1900 [1901]). La interpretación de los sueños (II). En *Obras Completas Vol. V*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos sobre teoría sexual. En *Obras Completas Vol. VII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas Vol. XII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1913 [1912-13]). Tótem y Tabú. En *Obras Completas Vol. VIII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1915a). Pulsión y destinos de pulsión. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1915b). De guerra y muerte. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 25ª conferencia: la angustia. En *Obras Completas Vol. XVI*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas Vol. XVIII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1926 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas Vol. XX*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1930[1929]). El malestar en la cultura. En *Obras Completas Vol. XXI*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1933). La feminidad. 33 Conferencia. En *Obras Completas Vol. XXII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

Freud, S. (1939 [1934-38]). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras Completas Vol. XXIII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

- Freud, S. (1940 [1938]). Esquemas del psicoanálisis. En *Obras Completas Vol. XXIII*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Freud, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. En *Obras Completas Vol. I*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- González, M. (2011). El Yo y la historia subjetiva. Aportes freudianos. Cátedra *La construcción de la historia*. Diplomado Post-título en Clínica Psicoanalítica Infanto-Juvenil. Universidad de Chile.
- Green, A. (1997). *Las cadenas de Eros, Actualidad de lo sexual*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.
- Hornstein, L (1991a). Piera Aulagnier: sus cuestiones fundamentales. En *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier, de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Hornstein, L (1991b). Diálogo con Piera Aulagnier. En *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier, de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Kaës. R. (1991[1988]). *Violencia de estado y psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial: Bibliotecas Universitarias. Centro editor de Latino América, APDH.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Editorial: Siglo XXI.
- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires, Editorial: Amorrortu.

- Rodolfo, M & Rodolfo, R. (1986). *Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes: Una introducción*. Buenos Aires, Editorial: Lugar Editorial
- Rodolfo, R. (2012 [1999]). *Dibujos fuera del papel: de la caricia a la lectoescritura en el niño*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Rother de Hornstein, M. (1991). Historia libidinal, Historia identificatoria. En *Cuerpo, Historia, Interpretación: Piera Aulagnier, de lo originario al proyecto identificatorio*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Viñar. M. (2010). El enigma del traumatismo extremo. Notas sobre el trauma y la exclusión, su impacto en la subjetividad. En R. Aceituno (comp.) *Espacios de tiempo, clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Santiago de Chile, Editorial: Universidad de Chile, Praxis Psicológica.
- Winnicott, D.W. (1991 [1963]). Miedo al derrumbe. En *Exploraciones psicoanalíticas*. Buenos Aires, Editorial: Paidós.
- Winnicott, D.W. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona, Editorial: Gedisa.